
LA ECONOMIA POLÍTICA Y EL CRISTIANISMO

VIII Y ÚLTIMO

Se nos dirá, tal vez, que la Economía política ha prestado también servicios no despreciables á los diferentes miembros de la sociedad en general, y á las clases indigentes en particular. Es verdad, y no seremos nosotros, ciertamente, los que neguemos esos servicios ni los que desconozcamos los bienes y ventajas que las modernas naciones deben á la ciencia económica. Empero si afirmaremos otra vez más, que esos servicios hubieran sido y serian más sensibles, más universales y sobre todo, más fecundos, si la ciencia económico-política se hubiera inspirado en los principios cristianos; si no se hallara informada por cierto espíritu de hostilidad más ó menos encubierta contra las ideas, instituciones y tendencias de la doctrina católica, dejándose arrastrar y avasallar por el espíritu del sensualismo, ha torcido y falseado su marcha natural y racional. Las investigaciones y enseñanzas de esta ciencia sobre las leyes que rigen la producción de las riquezas, sobre la importancia y dignidad del trabajo, sobre las condiciones y causas de su energía y fecundidad, sobre el cambio y distribución de las riquezas, sobre las ventajas é inconvenientes de la libre concurrencia, sobre el poder y resultados del crédito, sobre organización del trabajo y de los impuestos, sobre mejoramiento de las clases indigentes, etc., etc., hubieran sido, á no dudar, más acertadas, más legítimas, y sobre todo, más provechosas y fecundas en resultados prácticos, si se hubieran verificado bajo las inspiraciones de la idea católica y con subordinación al criterio cristiano. La Economía política, como toda ciencia, merece los homenajes de todo hombre pensador y de recto corazón, considerada en sí misma; pero esto no qui-

ta que sea, por desgracia, una verdad, que no ha producido todo el bien que pudiera y debiera haber producido, á no haberse separado del cristianismo. Más aún; en virtud de esta separacion y hostilidad contra el cristianismo, ha sido arrastrada fatalmente á abrazar, sobre ciertos problemas, soluciones racionalistas y teorías sensualistas, perniciosas en sumo grado á la sociedad en general, y á las clases indigentes en particular.

Y no es por cierto necesario buscar muy lejos la prueba de esta afirmacion, porque nos la suministra manifiesta y palpable el problema de la miseria que nos viene ocupando. Acabamos de indicar, en efecto, los medios morales y materiales que la Economia político-cristiana recomienda y practica para combatir la llaga del pauperismo, disminuir sus fatales resultados y dulcificar los padecimientos de las clases necesitadas. Y bien: pongamos ahora en frente de esos medios los medios é instituciones de la economia política racionalista: pongamos en frente de la teoria cristiana las teorías de las escuelas económicas inspiradas en el racionalismo y el sensualismo.

El primer medio escogitado por la ciencia racionalista para resolver el problema de la pobreza y miseria, fué la abolicion de la mendicidad por la ley; es decir, el castigo de la mendicidad, castigo que lleva consigo la idea de la criminalidad de la pobreza. Compréndese sin dificultad que la ley reprima y hasta imponga privaciones y penalidades á la pobreza, cuando es culpable, ó cuando la mendicidad es efecto de la vagancia, de la pereza y del vicio; pero imponer penas y castigar duramente la pobreza y mendicidad sin distincion, parécenos cosa tan repugnante á la razon y á la justicia, como contraria á las enseñanzas y prácticas del cristianismo. Y, sin embargo, apenas las naciones europeas fijan su pie en el terreno resbaladizo del racionalismo, al adoptar el principio del libre exámen y rechazar la idea católica, cuando aparecen en sus Códigos leyes penales y castigos severos contra la mendicidad.

Hé aquí en prueba de ello la legislacion inglesa, segun la resume Mr. Naville en su excelente obra *De la Charité légale* (1): «Una ley dada bajo Enrique VIII en 1530, condena á los mendigos inválidos á ser sepultados en calabozos ó azotados,

(1) Tomo I. pág. 281.

y á los válidos á ser atados á la extremidad de una carreta y azotados hasta derramar sangre. En 1535 se añade á estas penas que á la primera reincidencia se les cortaria la oreja derecha, y á la segunda, que fueran condenados á muerte. Pareciendo aún demasiado suaves estas penas, el Parlamento decretó bajo Eduardo VI en 1547, que todo pobre válido que permaneciera ocioso por espacio de tres días, seria marcado con un hierro caliente en el pecho y serviria además en calidad de esclavo durante dos años á la persona que lo hubiera denunciado. Si se escapaba y permanecia ausente por espacio de doce dias, era marcado con un hierro ardiente en la megilla ó la frente, y quedaba reducido á esclavitud por toda la vida: á la segunda desercion era condenado á muerte. Podia consiguientemente ser vendido ó alquilado á otros dueños, á los cuales el primero trasmitia todos sus derechos.

En 1574, la ley condena al mendigo á ser severamente azotado, siéndole además quemado el cartilago de la oreja. Si reincidia y tenia más de diez y ocho años, se le imponia y se ejecutaba la pena de muerte, á no ser que alguna persona caritativa consintiera en tomarlo á su servicio por un año.»

¡Qué diferencia, ó mejor dicho, qué contraste entre los sentimientos de dureza y crueldad que se revelan en esta legislacion y los sentimientos y enseñanzas de la Iglesia católica respecto de los pobres! Mientras el orgullo racionalista confunde la pobreza y la mendicidad con el crimen, sin distincion, añadiendo afliccion al afligido, la doctrina católica nos enseña á honrar y respetar al pobre verdaderamente tal, ó que lo es sin culpa suya; porque la doctrina católica nos enseña que la pobreza digna y resignada fué honrada y practicada por Jesucristo y sus discipulos; que el Salvador del mundo amó á los pobres con especial amor; que prometió el reino de los cielos al que socorre al hambriento y al sediento en su nombre; que el pobre, en fin, y el mendigo más abandonado y miserable, es nuestro hermano en Jesucristo, heredero de las mismas promesas y esperanzas, igual á nosotros en la presencia de Dios, que no es aceptador de personas, ni experimenta repulsion hácia la pobreza, como los adeptos del sensualismo.

Es cierto que las leyes indicadas y otras análogas que pudiéramos citar, ó han desaparecido de los códigos, ó han caido

en desuso, porque el estado actual de la civilizacion y la conciencia pública no permitirian su aplicacion; pero no es ménos cierto que su espíritu, sus tendencias y su injusticia se hallan, por decirlo así, encarnados bajo formas ménos repugnantes, ya en la teoria de la caridad restrictiva iniciada por Malthus y desarrollada por sus discípulos, ya principalmente en la legislacion referente á los depósitos de mendicidad. Porque la represion de la mendicidad por medio de los *work-houses* inglesas y depósitos de mendicidad de otras naciones es, en último resultado, una verdadera detencion, una verdadera prision, más dura y penosa con frecuencia, que la que imponen los tribunales por delitos muy reprobables. En medio, y á pesar de sus visos de beneficencia, estos establecimientos encierran un fondo de injusticia que no es posible desconocer. ¿Con qué derecho y en qué regla de justicia cabe llevar ante la policia correccional, encerrar en una casa y privar de su libertad al padre de familia, que, ó bien á causa de una de esas crisis industriales, ó bien acosado por enfermedades y desgracias imprevistas, ha agotado todos sus recursos, y se decide con harta resignacion á mendigar, cuando la caridad se olvida de él, ó sólo le suministra recursos insuficientes para conservar su vida y la de su familia? ¿Qué crimen ha cometido que merezca la separacion de su familia y la pérdida de su libertad? ¿Será, por ventura, un delito ser hombre, necesitar de comida y no ser rico? Aun suponiendo que la mendicidad fuera debida en todos los casos á la ociosidad y pereza, suposicion que dista mucho de la realidad, ¿de cuando acá las leyes castigan la pereza y la ociosidad? La ley debe ser igual para todos, como lo son los preceptos de la justicia natural. Si la pereza y la ociosidad son un delito en los pobres, ¿por qué no lo serán tambien en los ricos? Y, sin embargo, no vemos que los códigos establezcan penas, ni mucho ménos castiguen la pereza y la ociosidad de otras clases con la privacion de la libertad. ¿Será por ventura que las prescripciones de la justicia no alcanzan igualmente á todos los hombres? ¿Tendrá derecho el Estado para tratar á los desheredados de la fortuna como enemigos y vencidos? ¿Será, finalmente, que es conforme á justicia tener dos pesos y dos medidas, ó una ley para los pobres y otra para los ricos?

No son estas, en verdad, las enseñanzas del cristianismo, ni es este el espíritu que preside y regula sus instituciones benéficas. Reprobando, como reprueba altamente, la ociosidad, la pereza y la vagancia con los vicios que de ellas emanan, respeta, sin embargo, la libertad del individuo, y jamás convierte sus instituciones, sus fundaciones, sus establecimientos de caridad en prisiones ó detenciones forzadas. Esfuérsese, sí, en moralizar las clases indigentes, en desarraigar y corregir sus hábitos de vagancia y ociosidad, inspirándoles amor al trabajo y la virtud; pero no echa mano de la violencia: cuando se trata de la pobreza inculpable, hasta la rodea de honor y consideracion, y en todo caso respeta la libertad y la dignidad del mendigo y del indigente.

Otro de los expedientes escogitados por la Economía racionalista para resolver el problema de la pobreza es el conocido con el nombre de caridad legal, ó sea el socorro y subvencion que el Estado concede á los pobres, por medio de un impuesto especial destinado *ad hoc*. Así como la filosofía, al separarse de la ciencia cristiana, no ha hecho más que renovar y trasformar los sistemas filosóficos anteriores al cristianismo, así tambien la Economía política, al prescindir de las enseñanzas del cristianismo y rechazar sus inspiraciones, háse visto conducida y arrastrada fatalmente á las teorías é instituciones del paganismo para resolver los problemas económicos. Tal sucede con respecto al que aquí nos ocupa, toda vez que la teoría de la caridad legal puede y debe considerarse como una reproduccion y reminiscencia de las distribuciones que en las antiguas sociedades se hacian al pueblo, de las cuales apenas se distingue más que en la forma y en ciertos detalles. Aunque bajo otro nombre, es incontestable que la caridad legal era el expediente adoptado en Atenas para resolver la cuestion del pauperismo; porque esto y no otra cosa significan los salarios que por cuenta del Erario público se hacian al pueblo, especialmente despues de la guerra del Peloponeso. En Roma, en donde el problema social del pauperismo alcanzó mayores proporciones en los últimos tiempos de la República y durante la época de los emperadores, merced á la corrupcion de las costumbres, al exceso de poblacion y otras causas que no es del caso enumerar, el expediente de la caridad legal preséntase bajo

formas diversas y en mayor escala que en Atenas. Practícase primero la caridad legal bajo la forma de distribuciones de cargamentos de trigo vendido al pueblo á precios reducidos. El mal y las exigencias del pauperismo acreciéntanse luego con el aumento de la poblacion, y más aún con la corrupcion de las costumbres, y el Estado se ve precisado á acallar los gritos de la plebe por medio de distribuciones públicas de alimento y dinero por cuenta del Erario. Añádense despues á estas distribuciones públicas las que solian hacer los grandes propietarios y dignatarios de la República y del imperio, arrojando á la plebe *panem et circenses* para que cerrara sus ojos sobre las rapiñas y concusiones con que asolaban las provincias. Es digno de notarse que estas distribuciones públicas que representan la caridad legal de nuestra época, crecen y se desarrollan en Grecia y Roma, á medida que crece y se desarrolla la corrupcion de las costumbres públicas y privadas, lo cual pudiera hacernos sospechar con fundamento que la aplicacion de este expediente es un síntoma de corrupcion y decadencia moral en las naciones en que se realiza.

Aunque las reflexiones aquí indicadas bastan para condenar y rechazar la teoria de la caridad legal, bueno será exponer sumariamente, á mayor abundamiento, los principales inconvenientes y defectos de la misma. Quien dice caridad legal, dice caridad forzada, caridad impuesta por el Estado, lo cual vale tanto como unir términos contradictorios, porque la caridad es esencialmente libre y voluntaria. Por eso la caridad cristiana, que es la caridad verdadera, la caridad legítima, la única digna de este nombre, reconoce por base y por origen el sacrificio y la abnegacion de sí mismo por amor de Dios y en favor del prójimo, amado en Dios y por Dios. De aquí nace la eficacia y fecundidad admirable de la caridad cristiana, al paso que la caridad legal tiene que ser ineficaz, estéril é infecunda, como originada de la violencia y obligacion legal. A esto se añade que la accion de la caridad legal sólo alcanza al don y al auxilio material del indigente, al paso que la accion de la caridad cristiana se dirige principalmente al mejoramiento y auxilio moral del indigente; y es que el don de la caridad cristiana procede del espíritu de sacrificio y del espíritu de amor, y nada hay tan eficaz y fecundo como el sacrificio y el

amor para influir sobre el pobre sin herir su dignidad y su libertad.

Otro de los inconvenientes y peligros de la caridad legal es disminuir y hasta apagar la caridad privada, porque es muy natural, ó al ménos muy frecuente, que el que ha pagado su cuota ó impuesto legal para los pobres, se considere dispensado ya y libre de todo deber para con los mismos. Por otra parte, contribuye también á disminuir la caridad privada y voluntaria, en atención á lo que hay de vejatorio, repugnante y odioso en todo impuesto exigido por el Estado; de donde resulta que la cuota exigida para los pobres seca y esteriliza las fuentes de la caridad privada.

Ni es menor el peligro moral que lleva consigo la caridad legal de inspirar el espíritu de orgullo al que la recibe.

Mientras que el don gratuito y libre de la caridad cristiana predispone el corazón del indigente que lo recibe á escuchar con docilidad é interés los consejos de reforma moral del donante, porque el necesitado ó socorrido descubre allí el espíritu de sacrificio y la voz del corazón y del amor, la caridad legal suele predisponer al orgullo el corazón del que la recibe; porque éste sólo ve en el que la da el cumplimiento de un deber, y la recibe sin experimentar verdaderos sentimientos de gratitud, cuando no con desdeñosa mano por considerarla como un derecho propio. Y cuenta que nada hemos dicho de los varios delitos, de los hábitos de pereza y vagancia, de la degradación moral, en fin, á que da ocasión frecuentemente el expediente de la caridad legal. Hé aquí algunas observaciones y datos sobre la materia, suministrados por M. Naville en la obra ya citada: «Por todas partes en donde se halla establecida la contribución de los pobres, son generales las quejas sobre la ociosidad y pereza de los mismos. En Inglaterra rehusan muchas veces aprovechar los medios de trabajo que se les ofrecen. Algunas veces ni siquiera aceptan terrenos que se les ofrecen sin exigir renta. ¿Por qué nos hemos de matar trabajando, dicen, para asegurar nuestra existencia, cuando podemos obtenerla de la parroquia sin trabajar? La asistencia legal extingue todo sentimiento de honor en los que la reciben. En un informe hecho en 1818, la Asamblea general de Escocia reconoció que el sentimiento de vergüenza

que puede estimular la actividad é impedir que se recurra á la parroquia, disminuye y en ocasiones se extingue por completo con los progresos de la contribucion para los pobres. Los delitos se multiplican á medida que la caridad legal se extiende y arraiga más. En la sesion de 20 de Junio de 1834, el lord canceller, y M. Brougham, señaló en la Cámara de los lores la ley inglesa sobre los pobres como la causa más poderosa de la degeneracion moral de la poblacion y de la multiplicacion de crímenes. Este estado de degradacion vá acompañado ó seguido de la relajacion de los lazos y afecciones domésticas. Los diarios de provincia de este país (Inglaterra) están llenos de nombres de padres escapados, que dejan su familia á cargo del público: algunas veces este culpable abandono se realiza temporalmente, y se repite en virtud de un cálculo que parecen hacer de comun consentimiento los dos esposos. Las parroquias de Escocia en que está establecida la tasa legal, presentan hechos del mismo género... En Inglaterra la paternidad es un objeto de expeculacion frecuentemente: se tienen de propósito los hijos sucios, miserables, en estado de sufrimiento, con la esperanza y designio de obtener por esto de la parroquia auxilios más abundantes. El lazo filial, como los demás lazos de familia, es disuelto por la caridad legal; los hijos, descansando sobre el municipio para la asistencia de sus padres ancianos y enfermos, rehusan hacer sacrificios en su favor.» Estos resultados morales y sociales de la caridad legal, demuestran palpablemente que este sistema es insuficiente para resolver por sí solo el problema de la miseria, y que únicamente puede llegar á ser fecundo y eficaz para la solucion del mismo, á condicion de subordinarse á la caridad libre y cristiana, inspirándose en sus principios, favoreciendo su desarrollo, amparando su libertad, y sobre todo, protegiendo y fomentando sus fundaciones é instituciones.

No terminaremos este ligero trabajo sin mencionar, siquiera sea con cierta repugnancia, otra de las teorías escogitadas por la escuela económico-sensualista para resolver el problema de la miseria. Tal es la que pudiéramos apellidar la teoría del lujo, toda vez que pretende ocurrir á las necesidades de las clases trabajadoras y resolver el problema del pauperismo, fomentando y desarrollando el lujo en las clases ricas. Esto

vale tanto como querer que la inmoralidad, el orgullo, el egoismo y la sensualidad, produzcan la reforma moral del pobre, el sacrificio, la resignación y el bienestar general: esto vale tanto como pretender que la miseria, que envuelve un mal moral, desaparezca á impulsos de otro mal moral, como es la pasión desenfrenada del lujo; porque conviene no perder de vista que la miseria no debe confundirse ni identificarse con la pobreza. Esta, que sólo incluye la escasez de recursos para satisfacer las necesidades de la vida, es compatible con la moralidad de las costumbres, con las alegrías y goces pacíficos de la familia, con la energía y dignidad del alma: la miseria, empero, añade á la simple pobreza la degeneración física y moral, á causa de la pérdida y abuso de las fuerzas corporales, de las enfermedades del desaliento y abandono de sí mismo, y sobre todo, á causa de la degradación moral, revelada y representada por los vicios y el embrutecimiento. De aquí es que, hablando en rigor y con propiedad, no es la pobreza sino la miseria, tal cual se acaba de definir, la que constituye la gran plaga y la gran dificultad del pauperismo, porque sus raíces, sus influencias y sus resultados pertenecen más al orden moral que al orden material. Esto quiere decir que, aún en la hipótesis inadmisibile de que el fomento y desarrollo del lujo pudieran resolver el problema de la simple pobreza, jamás podría llegarse por este camino á la extinción de la miseria, que es la que mayores extragos produce en el cuerpo social y la que representa la fase más importante del problema complejo del pauperismo. Pero la verdad es que la teoría del lujo es tan impotente para lo uno como para lo otro.

La mejor limosna que puede hacerse al necesitado, nos dicen los economistas preconizadores de esta teoría del lujo, es la limosna del trabajo, porque este moraliza al indigente al propio tiempo que le proporciona los recursos necesarios. La demanda de productos, y por consiguiente, la de trabajo, crece necesariamente con el desarrollo y exigencias del lujo que representan mayor consumo de los productos de la industria. Luego el mejor modo de resolver el problema de la miseria y de la pobreza, es desarrollar indefinidamente las necesidades ficticias y los consumos del lujo, con lo cual se proporciona abundancia de trabajo y salarios á los indigentes. Tal es, en

resúmen, la teoría del lujo, preconizada por no pocos modernos economistas, teoría la más opuesta sin duda al principio cristiano, pero también la más legítima en el terreno de la Economía racionalista y sensualista.

¿Será necesario advertir que la razón y el sentido común protestan contra una teoría que tiene la extraña pretensión de curar la gran llaga social del pauperismo por medio de la pasión inmoral del lujo? Si en la llaga social del pauperismo domina más el elemento moral que el material, según reconocen cuantos de buena fé y con sano criterio se han dedicado á su estudio, es á todas luces absurdo afirmar que el lujo puede servir de eficaz remedio contra los males del pauperismo. ¿Será necesario recordar lo que una experiencia de todos los días y de todas las horas nos enseña acerca de los efectos sociales y morales del lujo? Porque ello es cierto que si las lecciones de la experiencia significan algo, es preciso reconocer que la pasión del lujo es una pasión esencialmente devoradora de la riqueza pública, devoradora de la limosna, devoradora de la paz de las familias, devoradora, sobre todo, de la virtud; porque sabido es á cuántos crímenes y delitos, á cuántas miserias y degradaciones conduce el afán y la pasión del lujo. Algo más exacto sería afirmar que el lujo contribuye poderosamente á acrecentar los males y peligros del pauperismo, en vez de curarlos ni siquiera aminorarlos. Las miserias de las clases obreras é indigentes se remedian y disminuyen inspirándoles el espíritu de orden, de economía, de moderación, de sacrificio y de moralidad, y no irritando sus pasiones, sus cóleras, sus envidias y sus odios, desplegando ante sus ojos las magnificencias caprichosas de un lujo insultante, propio para exacerbar sus padecimientos y pasiones, y para ejercer la más desastrosa influencia sobre sus disposiciones morales.

La Economía político-cristiana, sin condenar, ántes bien reconociendo la utilidad social y la necesidad relativa de que el consumo, los gastos, la satisfacción de ciertas necesidades, se hallen en relación con la naturaleza y condiciones especiales de ciertas clases y personas, no aprueba ni aprobará jamás esa teoría que convierte al lujo en elemento de prosperidad y de bien, cuando lo es de ruina y de inmoralidad. Predicar el desarrollo y la propagación indefinida del lujo, bajo el especio-

so pretexto de fomentar la producción y el trabajo, es echar en olvido que la pasión del lujo, nacida y fomentada por la ociosidad, engendra y fomenta á su vez el egoísmo y la dureza de corazón para con el prójimo; es echar en olvido que esa pasión abre la puerta á la seducción de todas las malas pasiones, y corrompe las costumbres públicas y privadas, procurando disimular y hasta embellecer el mal y sus manifestaciones; es echar en olvido, para decirlo de una vez, que, según la palabra del Evangelio, el hombre no vive de solo pan, sino de virtud y de moralidad.

Esto sin contar que, aún considerada esta teoría bajo un punto de vista puramente material, es una teoría esencialmente ineficaz é incompleta, toda vez que, según sus principios, la forma del trabajo es la única que representa la subsistencia de las clases necesitadas, lo cual vale tanto como condenar al abandono y á la muerte á los que se hallan imposibilitados para el trabajo á causa de su edad, de sus enfermedades, ó de accidentes imprevistos de la vida. La teoría del lujo deshonra ciertamente á la Economía racionalista y sensualista; pero revela al propio tiempo, por una parte, el espíritu y tendencias que anidan en el fondo de esta ciencia, y por otra parte, que la Economía política será siempre una ciencia relativamente estéril é infecunda, mientras no se halle inspirada é informada por la idea cristiana. Inspirado por esta idea, el apóstol San Pablo escribía las siguientes palabras, que contienen una condenación implícita de la teoría del lujo: *In presenti tempore vestra abundantia illorum inopiam suppleat, ut et illorum abundantia vestra inopiæ sit supplementum, ut fiat æqualitas, sicut, scriptum est: qui multum, non abundavit, et qui modicum, non minoravit.*

FR. CEFERINO GONZALEZ.

EL TEATRO INGLÉS

EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á SHAKSPEARE

II.

El género cómico, bufo que podemos llamar, continuó en su desarrollo, no figurando en modo alguno en la literatura inglesa como una corrupcion de lo que anteriormente se hubiera manifestado, sino como una revelacion del carácter peculiar de la raza anglo-sajona: fué, por decirlo así, la manifestacion espontánea de aquel pueblo que sin á nada atenerse, sin cuidarse de una imitacion que hubiera dado á su teatro mayores méritos, no le hubiera permitido ser el reflejo de lo que en sí era aquel público para quien Still y Heywood escribian y Tarleton representaba. Este carácter primitivo fué perdiéndose poco á poco cuando los escritores adquirieron conocimientos de lo que habia sido el teatro antiguo, conocido ya por completo en las demás naciones de Europa, merced á las claras luces del Renacimiento.

Debido á esto, tanto en las demás naciones como en Inglaterra, empezaron á sentirse aficiones por el género clásico; se principiaron á imitar aquellos monumentos literarios que durante tanto tiempo habian permanecido en el olvido, y de esto sobrevinieron ideas de orden y regularidad á que quisieron circunscribirlo todo, mucho más cuando los preceptistas aumentaron y fortalecieron el rigor de sus críticas con los rigurosos preceptos del maestro de Alefandro.

Aristóteles en su poética habia trazado el marco dentro del cual el genio habia de circunscribir su obra, como si fuera posible cortar las alas invisibles que nos llevan más allá del infinito; se habia atenido á las condiciones morales del pueblo

para que se escribía y á las materiales del teatro en que se representaba, y necesariamente aquellas reglas habian de cambiar al cambiar los tiempos; de no hacerlo, las obras no podian responder al ideal de los pueblos modernos, que al ser reclamado habia de dar comienzo á la lucha, lucha general en todas las literaturas que no concluye sino con el desuso de los preceptos del Estagirita.

Con el conocimiento de los antiguos clásicos se da tambien en Inglaterra la distincion de los géneros, paso importante que señala un considerable adelanto, pues mal se aviene lo jocoso con lo sério, y esto con lo trágico; elementos que, como hemos hecho notar, aparecian reunidos y mezclados al principio en una sola obra.

Plauto, Terencio, Séneca son los primeros conocidos, traducidos é imitados: un número considerable de escritores se dedicaron á estos trabajos que encontraban favor de la reina; de aquella Isabel á cuyo recuerdo acuden á la mente contrarios pensamientos que neutralizan sus efectos, por lo que nos limitamos á callar y seguir. Las tragedias de Séneca fueron en su totalidad traducidas: Gaspar Heywood, hijo de aquel otro Heywood que durante el reinado de Enrique VIII contribuyó tanto al adelanto del teatro de su pátria, tradujo las *Troyanas* en 1559, y en los años siguientes aparecieron *Tyestes*, *Hércules*, *Edipo*, *Medea* y *Agamenon*, traducidas unas por Nevyle, y otras por Studley; Newton tradujo la *Tebaida*, y Nuce la *Octavia*, que fueron dadas á conocer en 1581.

Con estas traducciones, que en manera alguna podemos llamar fieles, pues cada uno de los traductores se permitia cuantas licencias tenia á bien (1), trataban los literatos de educar el gusto del público, aficionándolo á aquellas antiguas producciones que querian popularizar; estudiaban al mismo tiempo los teatros de la época anteriores al suyo, dando á conocer los *Suppositis* de Ariosto hecha representar en Lóndres por su autor Gaiscogne. Podemos afirmar, con los fundamentos que expon-dremos, que no principia con estas muestras á revelarse la afi-cion por lo clásico ni el empeño de los autores en naturalizar las

(1) Alteraban los textos é introducian nuevas escenas como sucede con el coro en que termina la traduccion de *las Troyanas* y la escena cuarta del acto segundo de *Agamenon*.

obras clásicas en aquel país. Antes otros escritores, tal vez los que las más antiguas comedias presentaron, habian manifestado conocimientos de la antigua literatura latina, y habian puesto en sus obras personajes que corroboran esta afirmacion. Udall, autor de la tal vez más antigua comedia inglesa titulada *Ralph Roister Doister*, implora la proteccion en el prólogo de dos cómicos latinos, declarando que siguen sus mismas huellas; y en otra obra más antigua tambien que la *Aguja de la abuela Gourton*, titulada *Misogonos*, el prólogo es puesto en boca de Homero, y casi todos los personajes son griegos ó latinos por sus nombres; pruebas que nos hacen afirmar que bastante tiempo ántes que Nuce Studley y Newtou tradujeran las obras del teatro clásico, era éste conocido en Inglaterra, pero sin que se hubiera revelado la desmedida aficion que por él principiaba á sentirse en el período de que nos ocupamos.

Todas las obras que aparecian eran presentadas con el título de traducciones, por más que en ellas se permitieran los autores, no sólo las licencias que naturalmente se les habian de conceder al verse precisados á verter á un idioma pobre y duro la elegancia de conceptos, sublimidad de pensamientos y galanura de estilo, que resaltan en las obras de los siglos de oro de las antiguas literaturas, sino los considerables abusos que hemos hecho notar, constituidos por la introduccion de escenas y coros que nunca estuvieron en los originales. Más adelante, habiendo adquirido conocimientos más extensos, desisten de las nuevas traducciones, y principian á imitar, aunque más que imitaciones podemos llamar obras refundidas á un considerable número de las que entonces aparecieron, cuyos asuntos habian sido tratados por los antiguos autores: esto hace el mismo Gaiscogne en su tragedia *Jocasta*, ayudado en este trabajo por Keinelmarsh y Yelvertow. En esta clase de trabajos son pocos los que, en el extenso campo que nos presentan todas las literaturas, podemos llamar afortunados. Refundir una obra de Eurípides es querer encerrar en estrechos límites lo que para ser abarcado ha necesitado el infinito; querer obtener las notas y caracteres de aquellos ciclopeos personajes, es ambicionar el genio del trágico griego, con respecto á lo cual no podemos decir más, que es mucho ambicionar. Dado esto, al recorrer las obras inglesas que aludimos recordando el original, no podemos

ménos de encontrarlas raquíticas y desprovistas de su necesaria grandeza; aparecen frias y ni áun las maldiciones tienen fuerza en aquella lengua que por lo fuerte y gutural parece hecha para maldecir.

Cuando los autores ingleses se olvidan de todo lo que no sea las reglas y preceptos á que se encuentran sujetas las obras antiguas, es cuando en aquella literatura principia á dejarse ver algo de lo que tanto luego ha de llamar la atencion en Marlow y Shakspeare; entonces luce el propio ingenio, y no dando lugar al paralelo, no cabiendo el juicio comparativo y sí sólo el que á la obra en sí puede referirse, se encuentran obras de no escasos méritos, especialmente en el género trágico. Ya cuando llegamos á este tiempo ha desaparecido todo lo que podia indicarnos un teatro anterior; ya no vemos nada que nos recuerde los *milagros* ni los *intermedios*; se ha dejado de mezclar lo trágico con lo cómico; se han omitido todas las bufonadas y chocarrerías de mal gusto de que ántes se hacian alarde, la accion ha adquirido un considerable desarrollo, y parece como que se han suavizado las costumbres, no complaciéndose ya los autores en presentar ante el público escenas repugnantes y sangrientas. La escuela clásica inglesa alcanzó en este periodo cuanto alcanzar podia, contribuyendo no poco á esto Sidney con su *Defensa de la poesia*, en la que, citando por modelo á Séneca, hacia eco y trasunto fiel á su obra de la Poética de Aristóteles.

Una de las obras en que pueden notarse estos adelantos, la circunscripcion á las reglas y los efectos que se obtienen, es la tragedia *Gorboduc*. Por más que hayamos dicho que está circunscrita á las reglas de Sidney (Aristóteles), no podemos decir, ni mucho ménos, que sea una obra que merezca un preferente lugar. Tomás Sackville, más tarde por sus méritos, lord Buckhurst, autor de ella, laureado en las universidades de Cambridge y Oxford, muestra talento elevado y claro; su tono es magestuoso siempre, sin que decaiga en una sola escena; no lleva á cabo una muerte ante el público, ni se vierte una gota de sangre en escena; y no obstante, confesamos francamente no recordar una obra en que mueran más personajes ni en que perezcan un número tan considerable de individuos. Esto que ya constituye un grave defecto, es también causa, si no principal,

importante al ménos, de la frialdad que en ella se nota, pues es milagro la escena que no es interrumpida por un mensajero que llega á anunciar la muerte de alguno, lo cual sucede un considerable número de veces, como es fácil comprender por el argumento.

Sackville presenta á Gorboduc, rey de la Gran Bretaña, que durante su vida ha dividido el reino entre sus hijos Ferrex y Porrux, los que, tan pronto como se han hecho cargo de la justa parte que á cada uno ha tocado, se declaran la guerra por envidias y rivalidades; en ella el menor mata al primogénito, hijo querido de la madre, que enfurecida, hace ahorcar á su otro hijo. La accion de aquella desnaturalizada madre, imposible de justificar, indigna al pueblo que concluye por ahorcar á la reina y al rey Gorboduc, despues de lo cual se declara abiertamente una desoladora guerra civil, que termina con una matanza general. El rumor, los gritos y lamentos, llegan á oidos del público, que se retira con esta penosa impresion, pues con ella termina la obra. Creemos que el autor no pudo concebir más crímenes y horrores; cuantos su imaginacion concibió, y otra cualquiera, áun la más exaltada, pudiera imaginar, los encontramos en ella. La sencilla exposicion del argumento hará comprender que existen en ella el movimiento drámatico, y á pesar de todo, la tragedia es fria, haciéndose pesada con frecuencia. Este defecto lo encontramos justificado, si atendemos al modelo (Séneca), al cual se ciñó extrictamente, modelo que no pudo dejar de marcar en aquellos que á él se atenian, el pésimo gusto de la época de decadencia política y literaria en que floreció el maestro de Neron (2 a—66 de J. C.) Los defectos que en el maestro se notaron, notáronse tambien en los imitadores: pompa exterior, lenguaje hinchado y hueco, re-lumbrones, antítesis, largos discursos que se hacen insoprtables, pues por más que estén sembrados de bellos pensamientos, casi ninguno se refiere á lo que referirse debia. *Arenan sine calce* llamaba Calígula á los escritos de Séneca, y aunque en manera alguna admitimos la exactitud de esta frase, justo es conceder que si en algo es aplicable á sus tragedias, lo es mucho más aplicable á Sackville.

Sidney, que, como hemos indicado, era el preceptista más riguroso de aquella época, al ocuparse de la tragedia Gor-

boduc, señala como único defecto, aunque grave, que no observa las unidades de lugar y tiempo, de las cuales se mostraba celoso en extremo. Por lo demás, nada objeta lamentándose del defecto señalado, pues de no tenerlo, esa tragedia habia de hacer época en los fastos literarios. Tal vez el desacuerdo de la época actual con aquella, en que se escribió la obra y fué juzgada, hagan creer muy apasionado este juicio, aunque tambien disculpa tiene si se atiende á que Sidney se limitaba á juzgar teniendo presente la Poética de Aristóteles y presentando por modelo á Séneca, en quien tanto Sackville se habia inspirado.

Fácil es comprender que el pueblo inglés, acostumbrado al género anterior y amante de él, favorecia muy poco el nuevo género, pues no gustaba, no podia gustar, de aquellos largos discursos y aquel acompasamiento de escena. No obstante, no desistieron los autores del camino emprendido; les importaba muy poco el beneplácito del pueblo, á quien tan mal calificaban, y del mismo modo continuó la escuela clásica sus trabajos, que, segun ellos, habian de dar por resultado la reforma del gusto en Inglaterra, separando por completo la comedia de la tragedia. Marchan, de acuerdo constantemente con Séneca, toman por asuntos los que presentaba la historia antigua ó la mitología; y en un espacio considerable de tiempo no encontramos en la literatura dramática inglesa más que Orestes, Ifigenias, Quintos Fabios, etc., etc.

Si con tan buenos deseos como los animaban, hubieran comprendido que las obras que trataban de aclimatar estaban completamente fuera del ideal de la época, y hubieran aplicado las fuerzas de su ingenio á la creacion de obras que acordaran con su tiempo, la floreciente época del teatro inglés se hubiera adelantado; pero fijos en su objetivo, muchos de ellos hicieron esfuerzos, en los que sólo es de alabar la fé y la constancia, mucho más, cuando por lo que veian debian comprender que el mayor éxito de sus obras (si alguno tenian) quedaba á la posteridad juzgarlo, sacrificando, por tanto, á sus deseos la popularidad, que es una de las cosas que más halagan á los autores, y sobre todo, al autor dramático.

No todos, sin embargo, tuvieron, al par que sus buenos deseos, tanta abnegacion; no todos se sacrificaron al culto de la

antigüedad clásica, ni quisieron verse privados constantemente de las halagadoras áuras populares; tal vez fuera que no pudieron circunscribirse á los estrechos límites dentro de los que se habian de mover segun las reglas. Esto ha dado lugar á que algunos crean que fueron concesiones que hicieron los clásicos viendo el mal éxito que sus obras tenian, efecto de la frialdad y pesadez que en ellas se notaban; pero no podemos admitir esta suposicion, pues dada la conviccion ó seguridad de que sus obras no gustaban, las hubieran ellos reformado, y no hubieran continuado como continuaron por la senda emprendida; y si de otro modo hubiera sido, tampoco las concesiones hubieran llegado á ser del género de las que se notan en algunas obras, entre ellas, en la de Edwards. Por tanto, lo que puede afirmarse es que no satisfacian á todos los resultados, ó que no pudieron permanecer por más tiempo en tan limitada esfera de accion; de aquí que rompiendo la valla emprendieran nuevo rumbo llegando á más lamentables extravios, pues triste es, como decia Whetstone, «que los ingleses creen obras en las que en tres horas se recorra el mundo, en tres horas se contraigan matrimonios, éstos tengan hijos y se hagan capaces de conquistar reinos y matar mónstruos;» pero duro es, aún más duro que Edwards en su obra *Damon y Pitias*, basada en un asunto griego, intercale constantemente textos latinos y se procure los aplausos del pueblo con dos ó tres bufones que introduce, en los que los caracteres son exactamente los mismos que los que años ántes representaba Tarleton; nada más extraño que ver ante el filósofo Aristipo, en la córte del tirano griego, un carbonero tipo anglo-sajon que hace reir con las dificultades que le presenta expresarse en inglés, no habiendo hablado ántes otra cosa que no fuera el toso y áspero dialecto de su condado. Esto era lo que agradaba al público inglés de aquel tiempo, esto lo que le entretenia y hacia reir, y á estas se aplicaron otros muchos autores que, como Edwards, eran más amantes de su propia gloria que respetuosos de las pasadas. Entonces aparecieron clara y distintamente las dos escuelas en Inglaterra; pero aficionados la mayor parte de los autores á Séneca y sumidos á la autoridad crítica de Sidney, continuaron cultivando aquel género y aún exajerándolo cada dia más. Hughes Brook, la

condesa Pembroke, Brandon y Daniel, son los últimos campeones; pero ellos representan, por decirlo así, el límite de la intolerancia; rigurosos preceptistas todo lo sacrifican á las reglas sin permitirse nada que pueda contribuir al movimiento dramático, sus obras son frias, desprovistas de interés, puras fórmulas, discursos invesosímiles, disertaciones sobre el sentimiento cuando la acción exigía la expresión de este mismo sentimiento, acompasadas como los movimientos de un autómeta obediente á los resortes que se oprimen, pueden llamar únicamente la atención por su artificio, pero en manera alguna por la justa combinación de los elementos necesarios á toda creación dramática.

La *Cleópatra* de Daniel, autor que en los versos que escribió para vindicarse de las injustas censuras que se le hicieron por creer que en otro drama suyo había aludido á la decapitación del conde de Essex, demuestra un corazón sensible y un alma de sentimientos elevados, es un ejemplo de lo que acabamos de decir; todas sus condiciones poéticas desaparecen y el asunto que trató de desarrollar en forma dramática le perjudica, pues por no infringir en nada las reglas ni separarse en un ápice del modelo que copiaba, no hay en él nada de lo que en cualquier otro despierta sólo el nombre de la hermosa reina de Egipto, nada de sentimiento, nada de interés, defectos en que todos sus contemporáneos habían incurrido ó incurrieron.

A. FERNANDEZ MERINO.

EL VATICANO

«Veis aquella gran cúpula que se pierde en la region de los espacios incomensurables; aquel casquete esférico que corona suntuoso edificio, al parecer encorvado por el excesivo peso cúpular, cuya ancha graderia del frente recoge por ambos lados los extremos de dos hemicírculos (1), cada uno de los cuales, formado por cuatro órdenes de columnas, reunidos dos á dos, de suerte que dejan paso á espacioso cláustro, señala en la mitad un pórtico que separa en sus costados 64 columnas, siendo el total 284 y 88 pilastras; 372 piés derechos que en otro tiempo se diria eran sosten de la muchedumbre que ocupara el techo del corredor, ansiosa de ver á los gladiadores en el circo: mas que hoy, sólo podria asistir al combate de los elementos con el obelisco central, en medio de los rumores de las fuentes (2) que corren ante los porticos citados: pedestales que parecen procession de mercenarios guardadores del poder temporal á la entrada del monumento. Pues bien: aquel edificio gigantesco, cuya construccion duró un siglo, trabajado por los primeros artistas del mundo, cuya superficie mide *veinte mil* metros cuadrados, y que puede contener hasta *sesenta mil* almas, erigido en el barrio más hermoso de Roma, y en una colina que ántes ni formaba parte de las *siete*, ni alzaba su cabeza dentro de los muros de la ciudad, es la famosa basílica de San Pedro en el Vaticano.

»Venid conmigo ahora á esotro lado; aquella inmensa mole, cortada por 30 patios, que separan diversos departamentos, los

(1) Dibujo de Bernini, construido en 1667.

(2) Obras del célebre Maderno.

cuales cuentan hasta *once mil* habitaciones, donde se hallan las maravillas del arte *rafaelesco*, en su *capilla sixtina*, fundada por Sixto IV, y la *capilla paulina*, que lo fué por Paulo III; allí, donde existe uno de los primeros museos del mundo, con sus salones de *estátuas* y de las *musas*, de los *animales* y las galerías de *pinturas*; allí do yacen en amistoso concierto las bacantes y las vírgenes, los ángeles y los sátiros, los dioses paganos y los santos del cristianismo, las obras del Giotto y Cimabue, Fray Angellico y Durero, los padres de la pintura, dando la mano á Fidias y Praxiteles, Apeles y Zeuxis, los padres del arte griego; allí, do todo es artístico, es el palacio de los Papas.»

Esto escribía yo hace algunos años ántes de haber visitado á Roma.

Se conoce con el nombre genérico de *Vaticano*, en realidad, esas dos grandes montañas de piedra, el palacio de los Pontífices y la basílica de San Pedro, siendo una corrupcion de la palabra latina *Vaticinia*, nombre de una colina de la Roma primitiva, donde los oráculos pronunciaban sus *vaticinios*. Erigióse el colosal monumento de San Pedro sobre el mismo lugar donde estuvieron los jardines y el circo de Neron, sitio regado con la sangre de muchos mártires del cristianismo, inmolados por la bárbara crueldad del más sanguinario de los tiranos. Allí mismo tambien fué sepultado en una gruta el cuerpo de San Pedro, martirizado en el monte Janiculo, sirviendo un oratorio levantado por el Papa San Anacleto para indicar la tumba del primitivo Simon.

Constantino el Grande en 306 de nuestra Era elevó para memoria de los fieles un templo sobre este mismo terreno, el cual, despues de once siglos y de repetidas restauraciones, amenazó ruina, y en 1450 el Papa Nicolás V pensó en su completa reconstruccion, desapareciendo la basílica de cinco naves sostenidas por noventa y tres columnas, para dar principio al mayor de los templos cristianos. Los arquitectos Rosellino y Alberti lo comenzaron, suspendiendo sus trabajos á causa del fallecimiento del pontífice. Pablo II y Julio II lo continuaron despues de haberse decidido el último á aceptar los proyectos de Bramante. Leon X prosigue la obra á la muerte del célebre arquitecto y del no ménos célebre Papa, confiando la direccion á Julian Sangallo, Giocondo y Rafael. Peruzzi, más atre-

vido que los últimos artistas, quienes creían necesario reforzar los pilares soportes de la gran cúpula, los sustituye, cambiando el plano de la basílica de cruz latina, proyecto de Bramante, en cruz griega, esto es, de cuatro brazos iguales como santa Sofía de Constantinopla. Otro Sangallo (Antonio) le sucede, intentando volver al plano latino; pero Miguel Angel se interpone y adopta la forma griega ó *gammada*, cambiando al propio tiempo el dibujo de la cúpula: todo lo cual fué realizado más tarde por Vignola y Ligorio, (y Jacobo de la Porta, que es en realidad el ejecutor de la cúpula), quienes obedecieron ex-crupulosamente los deseos de Pio V conformándose con todos los proyectos de Miguel Angel. Finalmente, Clemente VIII adorna de mosaicos el interior del templo; Pablo V lo termina con el arquitecto Maderno, que vuelve definitivamente á la cruz latina y construye la fachada, mientras Bernini añade á uno de los lados de la misma un antiestético campanario, demolido posteriormente so pretexto de poca solidez, y Pio VI da la última mano á tan soberbio monumento, edificando la sacristía, sirviéndose de Marchionni.

Hé ahí, en resúmen, la historia de San Pedro en el Vaticano.

Yo habia leído muchas veces que tan colosal fábrica nunca satisfacía las exigencias, mejor, las esperanzas de los viajeros en la primera visita, y que un gran desencanto, una desilusion completa eran los sentimientos dominantes la primera vez que se penetraba en la augusta basílica. Nunca, sin embargo, pensé experimentar semejante defraudacion del fantástico concepto que habia forjado mi mente. Pero confieso con ingenuidad, que jamás he llevado mayor desengaño. Acompañábame un amigo romano, hombre de gran cultura y de amor tan acendrado por las artes como por la libertad de su patria (1). Ya hacia tiempo que juntos recorríamos las antigüedades de la *ciudad eterna*, negándose siempre á acompañarme á San Pedro *hasta el siguiente dia*. Por fin llegó el suspirado plazo: condújome sin decirme á qué parte nos dirigíamos; pero al dar vista á la plaza, conocí el soberbio templo, y sin detenerme le hice que ganásemos á toda prisa el pórtico, sin fijar

(1) El Cav. Pasquale de Mauro, voluntario de Garibaldi y organizador del servicio de órden público á la entrada del Rey de Italia en Roma.

la atencion en nada; deseaba llenar mi alma de repente con una sensacion maravillosa, tal como la habia soñado, abismándome en la contemplacion del más célebre de los monumentos de la cristiandad. Pero, ¡ay de mis ilusiones, de mis ideas, de las fantásticas imágenes que acariciaba de tiempo atrás! Tan brusco fué el efecto, que inmediatamente lo advirtió mi compañero, que me dijo: «Demos tan sólo una vuelta y ya tornaremos más despacio; esto requiere mucho detenimiento y necesitamos aprovechar los minutos.» No necesité que se me repitiera la observacion, y declaro con toda sinceridad, que pensé no merecia Roma una excursion para ver á San Pedro. Ya en el carruaje, abrí mi inseparable *Guia*, y lo primero que leí: «...C'est sur la partie supérieure de la basilique qu'il faut monter si l'on veut se faire une idée de ses immenses proportions...» Aquello fué para mí una revelacion, pues me hizo recordar lo que en tantas ocasiones habia oido y leído: *Para que San Pedro haga efecto, es necesario visitarlo muchas veces y conocerlo detalladamente.* Señalé estas líneas á mi buen amigo, y pedí perdon por mi ligereza é inadvertencia.—«No, no me extraña, es lo usual. Yo soy hijo de Roma, y cada vez que vengo me parece mayor: á Vd. le sucederá lo mismo. Ha habido dia en que me ha parecido verosímil que el Coliseo cupiese debajo de la cúpula. Ya, ya tendrá Vd. las ilusiones contrarias, llegando á creer cosas tan inverosímiles como la que le acabo de decir. Nada hay tan difícil de apreciar como las dimensiones de un edificio del Renacimiento.»

Con efecto: así como el sacrificio de una de las tres dimensiones de la extension (longitud, latitud y profundidad), es un elemento de grandeza y magnitud para las construcciones, la proporcion y armonía de las tres direcciones del espacio es una condicion que empequeñece todo objeto. Esos son los efectos de la fantasia. Un espectador en el centro de un círculo, no aprecia con exactitud el rádio, siempre lo acorta. Colocado en un punto de la circunferencia, el ángulo visual prolonga la curva constituyéndose una imagen en la representacion interna, tanto más ovalada ó elíptica, mientras más á distancia se la mire. Un tubo cilíndrico es aparentemente tanto más estrecho y tanto más largo, cuanto á mayor distancia del ojo se le coloque. Una alameda aparece más larga mientras menor es

la distancia entre las dos paralelas que la forman. De ahí la perspectiva, y de ahí los errores de la apreciación. San Pedro parece gran capilla de una catedral gótica; allí se admira el viajero *de no admirarse*.

Pero se visita con más detenimiento, se compara, se ponen sus dimensiones en parangón con las de otros templos, se buscan semejanzas, equivalencias, proporciones, y el cálculo repetido va produciendo en la fantasía la admiración que la simple vista le negara. La imaginación se llena de asombro por el convencimiento de la reflexión, por las ideas que la razón ha adquirido á consecuencia de esas operaciones matemáticas, y de esas apreciaciones mentales.

Cuando el observador se convence de que los *angelitos* que sostienen las pilas del agua bendita son verdaderos gigantes; cuando al cabo de recorrer las naves se encuentra cansado; cuando se penetra de que las personas son individuos liliputienses, paseando por bajo de colosales bóvedas y sobre inmensos pavimentos; cuando se miden 158 metros en la longitud de la nave central, é incluyendo la parte del ábside y del vestíbulo, 186; cuando se han contado paso á paso 135 en la transversal; cuando se considera que cada una de las ocho capillas principales que encierra puede servir cómodamente de iglesia parroquial en cualquier pueblo, entonces, y sólo entonces, se apodera del ánimo la convicción de que aquel monumento es efectivamente el mayor en su clase que todo viajero ha podido visitar.

Mas para demostrar nuestra anterior tesis de cuánto influye en el pensamiento la proporción y la armonía, basta consignar este nuevo fenómeno: cuando el viajero, convencido de la magnitud de San Pedro, vuelve al día siguiente creyendo que el entusiasmo del anterior se ha de repetir, obtiene un verdadero desengaño, al notar que aquel desaparece, necesitándose nuevo esfuerzo de la inteligencia para llegar al efecto experimentado. Y es que no basta á mover á la imaginación el convencimiento racional. Después del razonamiento y la comparación la vencerá; pero al momento siguiente, aquella facultad que se alimenta de representaciones, no concede á la sensibilidad otros sentimientos que los de la belleza *armónica*, nunca los de la belleza *sublime*, según hemos tenido ocasión

de demostrar al ocuparnos de la esencia del arte, en trabajos publicados en esta misma REVISTA.

A las anteriores razones, para que San Pedro aparezca siempre menor de lo que es en realidad, se enlaza la de *que es un monumento esencialmente pagano*. No basta en arquitectura el fin á que se destina un monumento, para que produzca en el espectador los sentimientos correspondientes al fin mismo; y esto es obvio: un calabozo lleno de luz no será nunca mazmorra que ponga espanto al pensamiento, y que sobrecoja el ánimo infundiéndole temor; cementerio (como la Necrópolis de Boloña, una de las mejores de Italia) lleno de objetos artísticos que recreen el alma en la contemplacion de la belleza, donde por do quiera haya luz y alegría, y plantas y estatuas y monumentos, es imposible que traiga á la mente la melancolía, al corazon la tristeza, ni al espíritu el dolor y la angustia, (sin que discutamos ahora cómo deban ser los Campo-santos); monumento levantado para perpetuar un hecho que sea raquíptico, efigie representando la virtud en actitud deshonesta, Cristo sonriendo como un sátiro, son verdaderos absurdos que rechaza el buen sentido. Pues bien: la ley de la expresion en arquitectura estriba precisamente en el estudio del fin á que el edificio se destina, con el objeto de que la forma de la construccion responda al asunto, y produzca en el público los efectos propios. ¿Cómo consigue el arquitecto su propósito? Por medio del predominio de los vanos sobre los macizos, por la preferencia del muro al pilar, del pilar á la columna, del sistema adintelado al arco, de la plata-banda á la bóveda, de la techumbre plana á la cúpula. Y no es que por convencion, por puro acuerdo entre el artista y el espectador se haya llegado á aceptar como expresion de la tranquilidad la línea horizontal, como expresion de zozobra la oblicua, de solidez la perfecta vertical, no: las torres inclinadas de Pisa ó Zaragoza, siempre producirán igual efecto en todos los que las contemplan; la dilatada horizontal de los muros romanos, el mismo sentimiento causará hoy que mañana, en el europeo como en el asiático. Las formas geométricas tienen una resonancia, un eco en el alma humana, como la naturaleza nunca es muda para quien la estudia. Averiguar estas relaciones entre lo exterior y lo interno, investigar el valor de este lenguaje, sor-

prender esas íntimas analogías ó esas misteriosas voces, es el papel del artista y la misión del génio. Y lo que de la arquitectura se dice, á la escultura es aplicable: un rostro en donde la boca esté dibujada por una sola y pura línea horizontal, en donde las cejas sean perfectamente horizontales, no expresará ni risa, ni llanto, sino magestuosa tranquilidad y sublime reposo; el llanto contrae el rostro, la risa lo dilata, y tales movimientos son incompatibles con la severa recta.

Ahora, según lo que se deja expuesto, ¿es posible inspirar el sentimiento de la religiosidad con formas profanas, el de la alegría por medios lúgubres, el de la tristeza con recursos juveniles? Pues bien; San Pedro lo mismo puede servir al fin religioso, como al tribunal de contratación de los antiguos romanos; San Pedro tiene un aspecto eminentemente profano: como el San Pablo de Roma serviría con más propiedad para soberbio salón de baile, que para místico templo de la ascética religión de los ermitaños, los frailes y las monjas. San Pablo es aún más profano porque tiene suntuosas y bien torneadas columnas, en vez de anchas pilastras adosadas á macizos piés derechos como San Pedro. Por ser monumentos esencialmente paganos, son monumentos esencialmente profanos. El Renacimiento, en su deseo de reivindicar la naturaleza, retrotrajo el arte griego; abandonaba en arquitectura el espiritualismo de los siglos XI y XII que había creado el arte románico; olvidaba el misticismo de los siglos XIII, XIV y XV que había desenvuelto el arte ojival, para resucitar el beso de la vacante, la danza de los dioses silvestres, la fiesta de las musas; resucitaba, en una palabra, la naturaleza, daba nueva vida al dormido Olimpo. Claro es que aportó elementos originales; no podía engendrar lo clásico puro, mas fué pagano, y por serlo San Pedro aparece *menor*, á consecuencia de la *armonía* que preside á las obras clásicas. San Pedro podía inspirar religiosidad á las almas de Julio II y de Leon X, pero no se la habría inspirado á los primeros mártires del cristianismo, á los austeros eremitas, á los sencillos pastores de almas, á los severos cruzados. En San Pedro se puede descifrar toda una corte pontificia, leer toda una civilización, abarcar todo el sentido de la Roma papal por espacio de algunos siglos.

Visto San Pedro, yo deseaba ardientemente conocer el pala-

cio de los Papas, donde se forjara el *Syllabus*, aquel *Syllabus* donde se anatematiza á todo el que no crea firmemente en que la constitucion de la Iglesia católica, tanto interna como externa, es perfecta, divina; su régimen admirable; sus castigos y su intolerancia legítimos y de *derecho divino*; su moral y sus principios incorruptibles; su institucion única para la salvacion de las almas; su infalibilidad absoluta en materia de revelacion y dogma; su existencia distinta de la de las demás sociedades particulares dentro de la total sociedad; donde se *anatematiza* de igual manera á todo el que no crea que el obispado es gerarquía divina; que Jesucristo ha conferido á su Iglesia el poder de persuadir por los medios de la fuerza y de las penas á los extraviados y contumaces; que alguien puede ser salvo fuera de la comunión católica, apostólica, romana.—Aún más: arroja su anatema sobre todos aquellos que se atrevieren á no creer que el Apóstol Pedro fué instituido por el mismo Cristo jefe *visible* de la Iglesia *militante*; á los que dudan que Pedro tiene sucesores perpétuos de derecho divino en su primado; que el Pontífice romano es este sucesor, y sucesor tanto en lo extraordinario, como en lo ordinario y temporal.—*Anatematizados* son los que niegan la hermandad y maridaje de los poderes temporales y civiles con los eclesiásticos y espirituales que la Iglesia ejercia juntamente.—Y por último, los que desconocen la divinidad del poder civil, los que afirman que los derechos humanos derivan del Estado, ó que no hay más autoridad que la originada de éste, los defensores de la independencia de la conciencia y de la separacion de la religion y la moral católica: sobre todos ellos pesará el *anatema*, de igual modo que sobre los que titubeen en el principio de que la Iglesia no liga ni obliga mientras sus disposiciones no sean confirmadas por el poder civil.

¿Pero es posible? Decidme despues de ese resúmen de los *veintiun* cánones del *Syllabus*, con la mano en el seno, con la imperturbable tranquilidad del hombre que medita y oye la voz de la conciencia y de la razon, si esas bases respiran *catolicismo*, es decir, *universalidad*, si indican cristianismo, esto es, *fraternidad*. ¿Será imprescindible bajar á las catacumbas para encontrar la pureza de esa religion?

Entre la basílica y el palacio, entre los museos y el templo

se concentró más que nunca la vida de Roma, al celebrar el último Concilio, convocado porque la fé ciega iba desapareciendo de las sociedades contemporáneas, y el augusto habitante del gran monumento pretendia elevarla, vivificándola con un nuevo dogma. ¡Hoy, que la razon, recobrando sus derechos, en todo aparece como ordenadora de la vida, y que más ó ménos va infiltrándose en todas las instituciones, hay sin embargo, gentes que se empeñan en mirar hácia atrás como temerosas del espectáculo que el progreso divino les ofrece!

Pero Roma y el Vaticano son hoy dos cosas distintas, completamente diversas, absolutamente contrarias, constantemente contradictorias. Yo no podria escribir en la actualidad lo que decia hace años al considerar la patria del derecho y la religion, de la guerra y del arte, la madre del mundo antiguo, la rival del imperio en los tiempos medios, el centro del orbe católico en los modernos: *la ciudad eterna*.

Entonces, al hablar del país patrimonio de San Pedro, decia, recordando la frase del Dante: *«lasciate ogni speranza voi ch'entrate*. ¡Oh, sí! Dejad toda esperanza los que entráis conmigo á reconocer la nacion que fué un dia la señora del mundo; dejadla, que no vais á contemplar aquellas sus páginas de gloria en los períodos de la monarquía, de la república, del imperio.

«Dejadla, que no vais á ver la paz de la Roma monárquica, de los reyes sabinos con Numa, Tulo Hostilio y Anco Marcio, ni la guerra, y las artes arquitectónicas y la escritura con los reyes etruscos, los Tarquinos y Servio Tulio. No podreis ver tampoco las glorias de la República con sus guerras y sus conquistas, sus instituciones y su legislacion, sus cónsules y sus tribunos, sus triunviros y sus decenviros, con su César y su Pompeyo, en fin. Ni su imperio con sus luchas, sus laureles y sus derrotas, sus artes y su refinamiento, sus costumbres y sus tiranos, con su período anárquico imperial, por último. No, nada de esto vereis; ni huellas del antiguo poderío y de la opulencia notareis siquiera. Roma, al partir su vida arrojando del un lado allá el pasado pagano, y del de acá sus nuevas creencias, borró su tradicion con los Papas, á fin de inaugurar una nueva vida. Pero toda raza que así obra, todo pueblo que, olvidando su pasado, se entrega en brazos del porvenir

sin recordar que aún lleva incubado en su seno el espíritu de la tradición; todo pueblo que esto hace, aún consiguiendo su propósito por el pronto, sin convulsiones, allá á lo lejos purgará el pecado de la ingratitud con sus mayores; y pues rompió la cadena de su vida, justo es se trunquen los eslabones, representantes de su ideal futuro, fracasando sus proyectos. Algo hicieron instintivamente algunos Papas por evitar este castigo; mas otros, en cambio, lo precipitaron. Así y todo, si hay algún pueblo en la historia humano-terrena que conserve en la Edad media un resto de la unidad de la Edad antigua, en medio de la abierta y permanente oposicion y lucha y contraste de esa etapa histórica en que todo parece desquiciado, sin norma, guía ni concierto; si hay algún pueblo, decimos, que conserve recuerdo de la pasada antigua vida, ese pueblo es Roma; la Roma que fué *donna* y es *povera ancella*, como dijo Leopardi.»

Hoy no se podria hablar de esta manera, porque Roma es la capital de una gran nacionalidad, única en la raza latina que no sólo no se halla en decadencia, sino que ántes por el contrario, se encuentra en apogeo. Roma es el ansiado centro de un generoso pueblo que de siglos atrás lo miraba con cariño como el núcleo de su nacionalidad. En Roma se respira el puro ambiente de la libertad bien entendida, sin exajeraciones reaccionarias, cuando los conservadores gobiernan, sin utopias demagógicas cuando los radicales están en el poder, como ocurre actualmente. Las ciencias se cultivan con entusiasmo, la política se practica sin enconos, el arte se desarrolla con religiosidad, la vida toda progresa, con tolerancia entre enemigos, con amor entre correligionarios, con verdadera seriedad por todos observada.

Pero volvamos al Vaticano.

En el palacio hay que ver principalmente las *Logias* de Rafael, la capilla Sixtina, la Biblioteca, los Museos y la mansion del Pontífice.

Yo tenia la suerte de haber sido portador de muchas cartas de España para gente de importancia en Roma, y aún de contar con varios amigos en la capital del reino italiano, lo cual me facilitó la entrada sin las formalidades requeridas en muchos monumentos. Habia visitado, por encargo especial, entre

otras personas, al cardenal Berardi, distinguido principe de la Iglesia, en cuyo palacio pude admirar maravillas de todas las artes y objetos de verdadero valor, y en cuyo carácter pude observar un mérito tan superior como el lujo de los salones de su régia morada. Monseñor Berardi, antiguo ministro del Papa y sustituto en más de una ocasion del cardenal Antonelli, es un hombre fino, de maneras distinguidas, de trato social atractivo: un hombre de sociedad y de mundo, en una palabra. Habla el castellano como podria hacerlo un catalan, y juzgaba los sucesos politicos de España en aquel entonces, sin pasion ni espiritu estrecho de partido; ántes bien, con cierta elevacion de miras y como pudiera apreciarlos el hombre de Estado puramente civil. Despues de larga y sabrosa conversacion, durante la cual noté su natural deseo de escudriñar mis opiniones, que, claro es, exponia respondiendo á sus preguntas con tanta sinceridad como mesura y respeto, me invitó á que viera á Su Santidad en audiencia privada, honra que decliné, ya que nada especial ni particular motivaba semejante entrevista; pero no pude resistir al deseo de verlo en Palacio, y acepté los ofrecimientos de mi ilustre interlocutor. Al siguiente dia recibí, con efecto, una papeleta por la cual se me advertia que *de frac y corbata blanca ó uniforme* seria recibido en el Vaticano.

Repuesto de la extrañeza que me causará esta advertencia sobre el traje, me dirigí á la sagrada mansion del justo, y confesaré que no pude ménos de convenir con Castelar, en el primer momento, al ver en las puertas exteriores á los *suizos*, á quienes llama soldados-arlequines. Es más, me sonreí mirándolos hacer centinela armados de fusil *chassepot* al brazo, como de fijo se habria reido el mismo Rafaél, autor del figurin. Yo nunca habia visto á estos guardias privados del Papa, porque desde la entrada del Rey de Italia en Roma, no transitan por calles y plazas de uniforme: cuando lo verifiquen, lo harán de paisano. Este reducido número de reclusos voluntarios, que han trocado espontáneamente la libertad de sus montañas por la clausura cuasi monástica del Vaticano; este soldado-cenobita, á quien se mira, á pesar de ser mercenario, con pena mezclada de admiracion y respeto, viste de una manera original hasta la extravagancia, caprichosa hasta lo artístico, rara has-

ta la excentricidad, de una manera única y exclusiva en el siglo. La indumentaria del siglo XIX, que á través de las veleidades de la moda, tiene más de racional y propia que de bella y elegante á veces, está reñida abiertamente con el traje del *Suizo pontificio*. Pero no es extraño: á una religion, como la católica, en que la permanencia ha sido declarada dogma y la inmutabilidad principio, cuadra perfectamente este uniforme, ideado por el *divino jóven*, y modificado tan solo en el armamento. El ritual, la ceremonia, el culto, todo lo exterior en una palabra, se ha petrificado de algunos siglos á esta parte en el catolicismo, como su credo. Por qué maravillarnos de que el figurin de Rafaél para los soldados del Papa no haya sufrido alteracion. Cierto, que es risible este semejante traje, y que á primera vista no se le concede gran genio estético á su autor.

Mas pronto se cambia de opinion cuando se ve al soldado-arlequin en su verdadero campamento. Este soldado no está hecho para la garita exterior, ni para el claustro bajo, ni para los corredores y patios; allí se halla fuera de su centro, y es un mamarracho, como la toga del magistrado es irrisoria fuera del tribunal, y como seria ridicula la dama vestida de baile en medio de un duelo, como la toca de la viuda moveria á risa en alegre fiesta, como causa hilaridad concebir un *arzobispo de caballeria de marina*. Cada uniforme pide su medio ambiente natural en la sociedad, de igual manera que cada traje en las masas de color de un cuadro: por esto precisamente en teatros como los de Viena y Berlin, donde se mira la ópera como verdadera arte sintética, hay un pintor encargado no solo de dibujar los figurines para los actores, cosa que en todas partes se hace, si que tambien se encarga de casar los colores de los vestidos en cada grupo de comparsas y coristas en la escena. Pues bien, el campamento del suizo pontificio son las cámaras altas.

Allí donde los techos se hallan ricamente artesonados con preciosas maderas, en cuyos recuadros lucen maravillosos frescos, comparables sólo á los del palacio de los Dux de Venecia; donde los muros están cubiertos del rico tapiz persa de brillantes colores, ó del no ménos rico cuyo asunto bíblico es obra de los más renombrados autores de los siglos xv, xvi y xvii, limitados por áureo entrepaño, donde luce el cristal de Bohemia con sus mil cambiantes, el bronce

con sus metálicos reflejos, los mármoles con sus caprichosas vetas, la malaquita con su vertiginoso serpenteo, el lápizlázuli con sus concentradas tintas; donde el suelo se encuentra cubierto de soberbia alfombra de laberíntico dibujo, ó esmaltado de llamativo y oriental mosaico; donde las luces se quiebran en mil muebles antiguos, girando extraviada la vista de acá para acullá sin reposar un punto, sin descansar un momento. Llenad despues tales estancias por una córte de cardenales vestidos de rojo y blanco, rodeando á Su Santidad de blanco y rojo, salpicad estas masas de color por los familiares de morado, por los guardias nobles de negro, por los pajes de carmesí, por los secretarios de frac, por los mayordomos de casacas bordadas de oro y plata, y despues de este conjunto en donde el verde de un solideo juega con las esmeraldas de un pectoral, el blanco de un roquete con el rubi de un anillo, la púrpura de una sotana con los brillantes de una cruz ó de un báculo; donde todo es pedreria con los colores del prisma, piedras con las tintas del cielo, metales con los tonos de la aurora, telas con los cambiantes del arco-iris, y decidme si un simple militar vestido de azul, levita y pantalon grancé, seria el guardia natural de tan abigarrada asamblea.

H. GINER.

ODA ANACREÓNTICA (*)

CAUTIVERIO DE CUPIDO

Con cadenas de flores
que las musas tejieron,
de la beldad Cupido
se encuentra, al cabo, preso.
Entristecida Vénus,
le busca con anhelo,
y ofrece por librarle
riquezas y trofeos;
mas ya, aunque le rescate,
no ha de verle contento;
porque él prefiere á todo
su dulce cautiverio.

MANUEL CORCHADO.

(*) Traducción.

DISCURSO

SOBRE LA CRISIS OLIVARERA (1)

Señores: Es una tristísima verdad que el estado de la riqueza pública en Andalucía, en todos los ramos que se refieren á la agricultura y sus derivados, está muy lejos de ser satisfactorio y que atravesamos un presente de malestar al propio tiempo que tenemos delante un porvenir cargado de sombras.

Si fuera permitido en situaciones tan angustiosas el más ligero asomo de satisfacción por haberlas previsto, yo podría tenerlo; porque ante muchos de los presentes he tenido ocasión de decir más de una vez, en el espacio de veinte años, que el reinado de la agricultura empírica había terminado en el mundo y que se inauguraba con éxito la científica, añadiendo siempre que el medio indicado para pasar de una á otra sin trastornos, sin crisis, sin conmociones y sin ruinas, era anticiparse á las necesidades y no consentir nunca que en los ramos propios de Andalucía ninguna comarca la superara en producir bueno y barato.

Si algo se ha intentado aquí para salir del empirismo, ha sido con tan poca insistencia, que el fracaso de las personalidades se ha entendido ser el fracaso de la idea; y cuando la bandera se ha caído de las manos de uno, se ha tardado años y años en que se presente otro á recogerla.

Es ya necesario reconocer que el cultivar la tierra constituye un arte que, como la arquitectura, la construcción ó la medicina, se adquiere en parte practicándolo; pero en parte también, estudiando aquellas ciencias que le sirven de base y sin las cuales es imposible rivalizar individual ó nacionalmente con los que se guían por los conocimientos fundamentales.

(1) Este trabajo, del ilustrado Sr. D. Juan Gomez Hemas, fué leído en la segunda sesión del Congreso Agrícola Andaluz.

La generacion próxima, cuando vaya á practicar al campo, irá ya familiarizada con la nomenclatura y las leyes básicas de la botánica, la física, la química y la metereologia; pero la generacion actual, que no puede volver á la escuela, necesita adquirir los conocimientos concretos de inmediata aplicacion que le hacen falta en las conferencias, medio á que se apela en todos los países cultos, donde es costumbre ver á las altas capacidades de un ramo ávidas de asistir á la exposicion de los datos é ideas de las de otro.

Considero una fatalidad para el porvenir de las conferencias agrícolas que sea yo quien tome á su cargo la presente: no soy orador, no he hecho los estudios en que se adquiere esa útil y envidiable facultad, y á tenerla intuitiva no hubiera esperado tanto tiempo para manifestarse; por eso, no con falsa modestia, sino con convencimiento profundo os expreso el temor que me asalta de cansaros, de fatigaros, al intentar hacer una conferencia sobre el olivar de Andalucía; pero yo confio que lo que falte á la forma de belleza y elegancia lo suplirá la fé profunda de mis convicciones en el origen de los males que todos lamentamos, y en los remedios que deben aplicársele. Pero no es solo para la forma para lo que yo tengo que solicitar vuestra benevolencia; es para el fondo tambien. Yo necesito decir á ustedes cosas que están en contradiccion con las ideas recibidas y con las creencias generalizadas, y no me atreveria á hacerlo si no contara con vuestra tolerancia; pero contando con ella lo hago, porque espero que si las examinais en el terreno especulativo de las ideas las hallareis conformes con el estado actual de la ciencia, y porque confio que si las examinais en su verdadero terreno, que es el del terreno material del campo, las hallareis conformes con los hechos.

Tengo intencion de ocuparme exclusivamente de una parte del cultivo del olivar, no solo porque es la que más he estudiado, sino porque es tambien la de más interés de actualidad, dependiendo de ella el que sigan cultivándose todas las haciendas de hoy, sin dar lugar á que se abandonen en gran escala. Cuando en la parte de que voy á tratar se haya hecho, ó siquiera cuando se esté haciendo, lo que conviene, será tiempo de atender á otros detalles; pero yo cuento con tener la honra de probaros que, por ahora, toda vuestra atencion debe dirigirse, tiene necesidad de dirigirse al empobrecimiento y al enriquecimiento de los terrenos en que viven los olivos.

Las ideas sobre la fecundidad de la tierra y sobre la influencia de las condiciones metereológicas se hallan muy lejos de estar

claras y definidas en la mente de la inmensa mayoría de los agricultores andaluces; y consecuencia de esto es la desventaja relativa en que se hallan para surtir al mercado universal de productos agrícolas.

Hay dos sistemas que seguir en agricultura en todos sus ramos: uno es el extensivo, en el cual se recibe de la tierra lo que da ayudándola solo con labores; y otro el intensivo, que en toda su pureza significa obligarla á producir el máximo de que es capaz por medio de abonos, que se consideran para este efecto como la materia prima de que se han de formar las plantas y los frutos.

En noventa y cinco casos de ciento, la tierra contiene por sí misma todo lo que se necesita para la producción en más ó ménos escala de las plantas á que el clima y su composición se prestan; pero no porque existan todos los elementos puede decirse que sea en la proporción y en el estado que hacen falta para que una tierra produzca toda la cantidad á que puede llegarse prácticamente. En la inmensa mayoría de los casos y en esta época—porque yo no estoy seguro que la verdad agrícola de hoy sea la de mañana—el suelo necesita que se le adicione en forma conveniente y en diversas proporciones todos ó alguno de estos cuatro elementos: azoe, fósforo, potasa y cal. Hay casos, si bien poco numerosos, en que la magnesia y las sales de hierro faltan en más ó ménos grado; pero como regla general puede admitirse que, sabiendo aplicar los cuatro elementos citados, se llega á obtener de la tierra la producción mayor posible, dado el estado presente de las ciencias: el valerse de ese recurso para aumentar la producción es lo que se llama hoy aplicar el sistema intensivo. Claro es que en absoluto el que hace producir más es el mejor, y lo único discutible es si la utilidad, bajo el punto de vista del costo, compensa el gasto.

No me crean ustedes defensor sistemático ni del sistema extensivo ni del intensivo; la elección de uno ú otro es siempre, invariablemente, cuestión de circunstancias, de épocas, de condiciones y hasta de personalidades; pero en absoluto debe decirse, que el sistema intensivo es la representación del progreso, puesto que es el que concuerda con el crecimiento numérico á que tiende visiblemente la raza humana, y esto parece enseñarnos que ha de haber un día, más ó ménos lejano, en que se haga indispensable en todas partes optar por él; pero dentro de ese exámen de época, de circunstancias y de detalles, es dentro del que yo veo que ha llegado ya la precisión, ó mejor dicho, la urgencia para Andalucía de acogerse al sistema intensivo en cierto grado en todos los cultivos; pero muy especialmente y muy decididamente en el del olivar.

Si nuestros antepasados nos hubieran legado la historia fiel de cada pedazo de tierra, de sus cultivos, productos y abonos recibidos, ninguna dificultad encontraria yo ahora para probaros el empobrecimiento del terreno; pero hoy solo puede demostrarse por conjeturas, que yo espero que á vuestros ojos resulten tan fehacientes como á los míos.

En los autores más antiguos que sobre el olivo escribieron se encuentra contexte la afirmacion que solo vive y fructifica aquel árbol abundantemente en las proximidades del mar. Excuso decir á ustedes hasta qué punto esa afirmacion resulta desmentida hoy, cuando se ve exactamente lo contrario en Andalucia, donde los olivos más productivos son precisamente los que más se alejan de la influencia de aquel elemento: se puede decir que la regla actual parece la inversa, y hasta seria aparentemente razonable establecer que el olivar es ménos productivo á medida que más se acerca al mar. Sabido es que esta arboleda en la provincia de Cádiz, donde es hoy solo la dozava parte de la de Sevilla, fué incomparablemente más extensa, y que la arrancada lo fué porque dejó de ser productiva. Aquí veo yo, señores, patente el agotamiento del terreno para la produccion de la aceituna, como para todas las demás, pues debe creerse que mientras el terreno de la costa no estuvo agotado, fué el mejor en razon de la temperatura; pero que á medida que se infecundizó resultó ser el olivo del interior el más fructífero y vino este á suplantar paulatinamente al del litoral. Hoy mismo sigue obrando igual tendencia, y mientras en la provincia de Sevilla, de Cádiz y de Huelva, los olivares muy productivos son la excepcion, en la de Jaen, en los terrenos nuevos, se crían olivares que á ciencia cierta, durante ochenta años, dan cosechas tan considerables que cada pié de olivo vale allí cinco ó seis veces más que en estas provincias, porque produce en proporcion. La idea que generalmente se tiene del olivar nuevo ó viejo se refiere al árbol, cuando en realidad á lo que debiera referirse seria al terreno; esto es, á la desaparicion de él, en más ó ménos escala, del repuesto de elementos necesarios en el estado en que deben hallarse para dar lugar á la formacion abundante de aceitunas.

Cualquiera que sea el destino anterior que haya tenido el terreno donde se plante un olivar, hay que suponer que, al ménos en la zona en que han de vivir las raíces por algunos años, haya estado en un período de descanso, y por lo tanto, que hallen allí lo que necesiten para vivir y fructificar por la descomposicion natural de la tierra: los árboles nuevos serán más ó ménos productivos por un cierto período; pero mientras se pretenda cultivar el olivo basán-

dose en la fertilidad natural del terreno, siempre estaremos en lo incierto y siempre nos hallaremos en peligro, no solo de cosechas cortas, sino de grandes diferencias de un año á otro y de una finca á otra.

Lo que más contribuye á mantener confuso el empobrecimiento del terreno, es que son muy contados los casos en que un olivar deja de producir por completo, y esto consiste en que hay ciertos medios de reparacion natural: las labores reponen algunos elementos contenidos constitutivamente en la tierra y dan lugar á desprendimientos de potasa, y en casos dados, de fosfatos: el aire tiene tambien en suspension materias fertilizantes en muy corta cantidad: todo ello aun reunido es insuficiente para obtener cosechas máximas; pero bastante para que el agotamiento no sea tótal; y en un balance que hice hace algun tiempo entre la reparacion natural probable y la produccion, encontré: que cuando el olivar produce ocho fanegas de aceituna por aranzada, debe considerarse que fructifica solo á expensas de las reparaciones naturales ordinarias y no de elementos en reserva: por esto, desde la produccion de un olivar nuevo de la provincia de Jaen, en terrenos prácticamente vírgenes, á uno que ocupe esas trabajadísimas tierras de las provincias de Huelva ó Cádiz, hay una diferencia grandísima. Los de la Andalucia alta darán buenas cosechas por ochenta años; los otros no darán por sí mismos sino productos miserables, á no ser que se abonen.

Ante todo es preciso establecer la forma y el grado en que se empobrece el terreno en que vegetan y fructifican los olivos. La forma es muy clara: es que elementos de cierta índole que hay en la tierra en cierto estado pasan á formar parte de la planta y los frutos, tan materialmente como la tinta con que se imprime un libro forma parte de él; su cantidad será [corta, pero su presencia indispensable, esencial. El grado en que se empobrece la tierra es más claro aún: es aquel en que las plantas y los frutos se asimilan las sustancias disponibles sin que se repongan de una manera natural ó artificial. Ya he dicho que hay reparacion natural; pero las tierras, una vez que están atenuadas á esta, siempre van atrás, hasta que llegan al desgraciado caso en que se halla la inmensa mayoría de los terrenos de olivar de Andalucia, de cosecharse en ellos no el máximun de lo que pueden producir, sino el mínimun.

Los terrenos de olivar no se desmejoran en proporcion de la cosecha de aceituna que producen, sino que sus pérdidas están reguladas por el destino que se da á todos los productos de la vegetacion y fructificacion en ellos. Así el olivar de que solo se saca

aceituna, pierde ménos que aquel de que se extrae aceituna y leñas; y más sufre aún aquel de que además de aceituna y leñas se pretende hacer cosechas de granos ó semillas; pero afortunadamente para los hacendados andaluces, en su mayor parte, cuando del olivar solo se extrae aceite, la tierra no se empobrece ni mucho ni poco. Todo lo que le ha absorbido la formacion de las hojas, las ramas y el fruto, puede devolverse en la hoja y la corteza caida, en el orujo y en el alpechin. Fijad bien esto en la memoria, y ninguna dificultad hallareis despues para entenderme y seguirme. Llevarse aceite no empobrece el terreno: llevarse rama, leña, aceituna, orujo y alpechin, sí. Saber esto es tener la clave de la produccion económica del aceite: así, pues, debeis considerar como casos absolutamente distintos, que no se parecen en lo más mínimo entre sí, el de los hacendados que cosechan aceituna para emplearla como primera materia de la fabricacion de aceite, y el de aquellos cuya aceituna está destinada á venderse como fruto. Debeis considerar como casos muy distintos, aquellos en que los hacendados dejan podrir en el terreno la hoja ó aquellos en que hacen la locura de llevarse del olivar la rama menuda para venderla ó aplicarla como combustible. Debeis considerar casos muy distintos el del hacendado que sabe tratar el orujo y el alpechin, y el del hacendado que no sabe hacerlo.

Los que sepan y sigan la ley de la restitucion, base de toda agricultura racional, no empobrecerán jamás los terrenos de sus olivares: los que las desconozcan ó no las apliquen los verán ir siempre atrás hasta llegar á productos debidos á la reparacion natural exclusivamente.

Puesto que aun sin conservar los residuos puede esperarse cosecha, si bien corta, parece lógico que solo por conservarlos deba ir en aumento: así lo creo; pero esta manera de enriquecer las tierras del olivar, que hubiera sido aplicable cuando hace diez años hablé de ella por primera vez, seria insuficiente, en mi juicio, ahora que la crisis se presenta en toda su intensidad, para dominarla y para lograr con la premura que hace falta que pueda continuarse el cultivo del olivar con provecho en los terrenos pobres ó empobrecidos, sin que sea preciso abandonar el de segunda y tercera clase. No hay que hacerse ilusiones, los precios del aceite en el porvenir serán tales, que en esos terrenos en que solo se cosechan ocho fanegas de aceituna por año y aranzada, no quedará utilidad líquida para la finca ó interés para el capital representado.

El único remedio para salvar la crisis por completo y que dará

lugar, tal vez, hasta congratularse de que se haya presentado, es aplicar el sistema de cultivo intensivo al olivar; y esto, como sabéis, se hace por medio de los abonos.

Yo os ruego, señores, que no entendais que lo que os voy á decir sea lo que todos sabéis: que el olivar estercolado dará más que el que no lo esté. Para decir esto yo no me permitiría reclamar vuestra atencion ni aun por un instante: si me atrevo á ocuparla es porque espero poder decir algo que no está claramente formulado ni en los libros ni el ánimo de nadie, y si está formulado, ciertamente no está propagado. Yo proclamo, en primer lugar, que el abono para el olivar de Andalucía de aquí en adelante no será ya una conveniencia, sino una necesidad ineludible: digo, en segundo lugar, que la adquisicion de abono para el olivar no es una necesidad constante, sino transitoria, para remediar errores pasados; y, por último, proclamo que hay facilidad para enriquecer todas las tierras de olivar de Andalucía en condiciones económicas completamente aceptables, y que una vez enriquecidas podrán conservarse en ese estado sin gasto alguno especial para ello.

El estiércol es el único abono que en esta parte de Andalucía se conoce por experiencia; pero no puede pensarse en él como remedio general del olivar, no solo porque la cantidad de que se dispone es insignificante, sino tambien porque el estiércol es un abono, aunque completo, pobre, del que solo hay útil para el olivar la exigüa cantidad de tres ó cuatro por ciento de su peso, por lo cual resulta un abono muy caro si hay que trasportarlo á cierta distancia. En Andalucía tenemos en cantidades ilimitadas sustancias con que abonar olivares; y para igual efecto el peso de la materia que se emplee será veinte y cinco veces menor que el del estiércol equivalente. El estiércol, como abono en el olivar, no tiene solo el defecto de caro; en muchos casos su riqueza en azoe, muy conveniente para favorecer la vegetacion herbácea, es contraria á la fructificacion. No puedo, por lo tanto, ménos de decir á ustedes, quizás escandalizándolos, que el estiércol no es el mejor abono para el olivar, sino en circunstancias determinadas.

El medio que más seduce para enriquecer las tierras de olivares es de aplicacion limitada á casos especiales: consiste en tener molinos situados en puntos en que se muele aceituna ajena reservándose la facultad de disponer del orujo y empleando este como abono en las tierras propias. En semejante caso por cada fanega que se muele puede considerarse enriquecida la tierra lo suficiente para producir otra; y esto no por una vez, sino para siempre, si el

orujo y alpechin de la cosecha propia se aplican tambien como abono.

La repetición de moler aceituna ajena y aprovechar sus residuos es la manera de llegar, con más seguridad y sin costo, al producto máximo de los olivares, porque el orujo es más para sus tierras que un abono completo: no solo tiene todo lo que se necesita, sino en la proporción precisa en que hace falta, y por eso más que abono completo podría llamarse abono exacto.

Hay algunos otros abonos completos, además del estiércol y el orujo, pero de tan escasa entidad con relación á lo que son las necesidades del olivar andaluz, que no sería disculpable perder el hilo de este discurso en las minuciosidades de señalar uno á uno.

No hay nada práctico que hacer, nada que á todos pueda alcanzar, sino basando el enriquecimiento del terreno en los abonos incompletos ó complementarios, ó sea en los abonos minerales. Por alteraciones de la tierra misma, á que dan lugar las labores, y por el aire que se halla en contacto con las plantas, estas tienen á su disposición todo lo que necesitan ménos azoe, fósforo, potasa y cal: por lo tanto, de proveer estos elementos en cantidad suficiente y en estado asimilable es de lo que tiene que ocuparse el agricultor en el cultivo intensivo.

En las fincas de las cuales no se extraigan ni las hojas de los árboles, ni el orujo, ni el alpechin, el azoe necesario se proveerá por su medio, tanto en el período de enriquecimiento de las tierras como en el de conservación; y aunque teóricamente puede decirse que es un elemento que ha de proveerse, en práctica y en la mayoría de los casos se prescindirá de él, con tanta más razón cuanto que su exceso es peligroso, porque tendiendo á favorecer, como he dicho, la vegetación herbácea, da una bella y lozana apariencia á los árboles, pero les impide fructificar.

Con respecto al fósforo sucede todo lo contrario: no hay esperanza que venga naturalmente el que ha de enriquecer pronto á la tierra de ninguna parte si no se lo echamos; y el hacerlo es tanto más necesario y conveniente, cuanto que prácticamente considerado es quizás el más importante, y es el elemento que jamás puede estar en exceso: por mucho que exista, nunca será perjudicial si se halla en estado de fosfato de cal, como se aplica en la práctica. Si los químicos os señalan la cantidad que debéis emplear, es solo para que no excedáis el gasto de lo preciso; pero no habrá ninguno que os diga que dañareis vuestros olivos con doblar ó centuplicar la dosis señalada. Yo cultivé maíz en una tierra compuesta artificialmente la mitad de fosfato de cal en estado soluble, y la otra

mitad de tierra ordinaria, y las plantas recorrieron todos sus períodos sin detrimento alguno; y como esto es usar una dosis muchas miles de veces mayor de la que prácticamente se aplicara, fué para mí prueba concluyente de la absoluta impunidad con que se pueden exceder las dosis de este elemento fertilizante.

Ninguna tierra dejará de aumentar su producto al sentirse estimulada por un abono fosfatado asimilable; pero puede muy bien suceder que si está escasa de potasa, de cal y aun de azoe, no todo el fosfato que se emplee resulte útil, y quedará inerte esperando que haya la proporción debida de los otros elementos para entrar él mismo en acción.

El otro componente de un abono completo es la potasa, y los efectos de su escasez son marcadísimos. En casi todo terreno natural, en más ó ménos proporción, existe formando parte integrante de la tierra misma, y el contacto de ésta con el aire la descompone, dejando en libertad á la potasa; á esto es á lo que hay que atribuir en primer término los efectos útiles de las labores y el que dos hierros produzcan mejor resultado que uno, tres que dos, cuatro que tres, etc. En el olivar una parte de la potasa que el terreno pierde pasa á la hoja, á la rama tierna y á la corteza, y en menor proporción existe también en la madera gruesa; por eso es un error siempre grave extraer leña de las haciendas, pero sobre todo la menuda.

JUAN GOMEZ HEMAS.

(Se continuará.)

MARTIN DUÉLAMO.

TRADICION.

El caballero continuó, despues de acariciarle tiernísimamente con la mirada.

—El embajador de Bagdad, tñ amo, acordó perdonarte la vida y entregarme tu propiedad para siempre, regalándome además dos cajas de diamantes y de rubíes de Khatai. Mi amo Clavijo acordó tambien, con la misma generosidad, relevarme de los trabajos forzados, y que le acompañase libre entre su comitiva. Tú te doblaste ante mis rodillas; yo te levanté en mis brazos y te estreché contra mi pecho. Desde entonces somos hermanos. Llegamos despues á Samarcanda, y no queriendo aceptar tu esclavitud, te entregué á tu propia libertad, que rehusaste, deseando no abandonarme jamás. Concluida la mision del embajador Clavijo hemos vuelto á España el año pasado del Señor de 1406. Hé aquí todo.

—Y mi vida y mi muerte son de vos eternamente.

—Gracias, Pedro, yo no quiero más que tu amistad y tu cariño, y si tengo alguna felicidad en la vida, á tu amistad y cariño la deberé.

—Y esta noche llegaremos á esa villa, y yo quisiera que encontrarais consuelo.

—Tiemblo, Pedro: mi parada no es de cansancio, sino que ahora mientras más me acerco á mi patria más se debilitan mis pasos y quisiera volverme atrás.

—No puedo evitar vuestro dolor porque lo ignoro; si fuérais mi hermano lo sabria y lo evitaria.

—¿Y qué consuelo puedes darme, querido Pedro, para las llagas profundas de mi alma? ¿Puedes tú remediar que yo no hubiese ido á la fuerza, y amarrado de los brazos de mi padre, á esos países que he recorrido? ¿Puedes tú evitar las desgracias acaecidas ya hace años para que llegara este extremo?

—Para lo sucedido, la venganza es el remedio.

—A eso vengo, á eso venia, á vengarme; y sin embargo, parece se debilitan mis fuerzas. Deseo llegar, saber y preguntar por mi padre; pero ya en el mar, embarcado apenas de mi salida del puerto de España, soñé que habia muerto. No sé nada de mis desgracias, y sin embargo, comprendo que han sido muchas. ¿Vivirá mi padre? Lo ignoro. ¿Quién será el causante de mi desventura? También lo ignoro.

En el entretanto que hablaba el caballero, una terrible contracción en el semblante de Pedro Khoi indicaba su mucho sufrimiento, y solamente húmedos se notaban sus ojos.

—Duelo, amo mio—murmuraba Pedro—yo os vengaré; lo he jurado al Eatua (1), al Dios grande; pero hablad, hablad, yo comprenderé todo.

—Oye: recuerdo solamente que era feliz en mi niñez, y debería ser rico, pues tenia todos los goces como el primero, aún más que el primero de los de mi edad. Recuerdo tambien que el último año que yo estuve cerca de mi padre lo ví constantemente triste y abatido, y creí comprender la pobreza, aunque en mi persona ni en nada que se veia en mi casa lo notaba. Recuerdo tambien en que me repetia mi padre muchas veces que no habia tenido más que un amigo él y los suyos, y éste era mi ayo, á quien no recuerdo, y que ya habia muerto. Recuerdo que á los doce ó trece años me sacaron de mi casa sin estar presente mi padre, y que viajé muchos dias atravesando pueblos, no sin cierta curiosidad, hasta llegar á una ciudad muy grande que debió ser Madrid; y que despues de algun tiempo salí de ésta en direccion á un puerto, donde fuí embarcado, y desde cuyo momento cesó toda consideracion para conmigo, tratándome muy mal durante todo viaje de Clavijo, hasta que te salvé la vida. Ya no puedo decirte más, querido Pedro; esto es todo.

—Yo os juro, en cambio que antes que vos conoceré y castigaré los causantes de vuestras desgracias.

—Calla, Pedro, y no jures. Mejor es concluir; sigamos marchando á nuestro destino.

Y se levantaron para seguir nuevamente su camino.

IV.

No se habia aún el sol ocultado, y por el Norte principiaban á

(1) Entre los indios y sa'vajes orientales es Dios.

destacarse pardas nubes cinteadas que, á los últimos rayos de la lumbrera del día, semejaban campos de ópalo, nácar y rubies en el tendido horizonte por cima de las colinas que rodeaban nuestro teatro campestre.

El ave fría principiaba á levantar de momento en momento su tendido y bajo vuelo, dejando oír en las umbrías su penetrante silbido, y el alcaraban ya se dejaba ver, aunque con vuelo inseguro y vacilante.

Ni un viviente poblaba aquellos terrenos; el ruido parecia muerto en aquellas soledades, si se exceptúan los rumores tristes de los crepúsculos.

No bien se habian enderezado nuestros viajeros para proseguir su camino, creyeron oír ruido entre las matas y juncos de la corriente del arroyuelo que nacia del pozo del castillo de Bellvente, y fijando la vista entre los matorrales y malezas de que aquello estaba poblado, vieron agitarse con afán para atravesarlas, y lanzar aullidos dolorosos, á una figura semi-salvaje por su demacracion y palidez y andrajos, y principalmente por su cabellera y barba canas y encrespadas, que indudablemente hacia esfuerzos inmensos y señales incomprensibles pidiendo proteccion. El aspecto de aquella figura con nada de humano, era verdaderamente horrible, y sin embargo, ni el caballero ni Pedro Khoi se inmutaron, sino que, por el contrario, avanzaron ambos simultáneamente en direccion de aquel vestiglo.

Cuando el anciano horrible, que no era otra cosa, vió que hácia él se dirigian, con señas desesperadas indicó le siguiesen.

Los viajeros continuaron sin vacilar.

No bien lo pusieron en práctica, vieron que el anciano cayó desplomado en tierra, tal vez abocado de alguna terrible convulsion nerviosa y paralítica, ó de algun ataque epiléptico.

Pedro Khoi y el caballero saltando las matas corrieron á auxiliar á aquel sér que se retorcia y se agitaba, produciendo aullidos y palabras ininteligibles, pero indicando claramente una direccion determinada. Sus miradas, vidriosas y torcidas, el movimiento de sus brazos y sus semi-gritos, semi-ayes incomprensibles, denotaban, sin embargo, una tenaz inclinacion hácia un punto fijo; y ambos peregrinos, percibiéndolo, encontraron en seguida á dos ó tres pasos la boca de una cueva cubierta de juncias y matas. Comprendiendo los viajeros que aquella fuese su guarida, cargaron con el cuerpo de aquel infeliz, y penetrando en aquel tugurio, á los pocos pasos, en un receptáculo á la derecha, encontraron un lecho de malezas y allí lo depositaron.

Pasaron entonces las convulsiones de aquel infeliz, y el caballero salió en seguida fuera de la cueva á respirar el aire, quedando Pedro al lado de aquel paralítico ó epiléptico.

No bien el caballero hubo atravesado las matas, oyó el rumor inmediato de algunas caballerías.

V

La luz crepuscular, anticipada por la presentacion de las nubes en los tendidos horizontes, alumbraba la pequeña cabalgata que dijimos conducia á doña Ana y Aldonza en direccion del castillo de Bellvente.

El caballero, al escuchar el rumor, avanzó aún más allá de la puerta unos dos pasos, y vió en lontananza la cabalgata que por el camino se dirigia. En el primer momento despertóse una viva curiosidad al ver que eran mujeres las que caminaban, cuando á la verdad era muy extraño que á tal hora, y en direccion opuesta á la villa, nadie pudiese caminar, como no fuesen campesinos que se dirigiesen á alguna choza ó abrigo de los campos. El jóven no habia dirigido ni siquiera un punto su mirada hácia el Sur, por lo que no habia reparado ni en la eminencia ni en el castillo de Bellvente, que á alguna corta distancia y casi á su espalda se encontraba.

Apenas pasaron cortos instantes de tal curiosidad, la mirada del caballero pareció deslumbrarse, y con más tenacidad y más fijeza la dirigió hácia aquel grupo de las viajeras, que en silencio no interrumpido caminaba lentamente.

El jóven se encontraba estático, absorto, tembloroso; nada veia de aquel grupo sino la primera viajera, doña Ana, y parecia haber quedado sin facultades.

Doña Ana entretanto, su dueña y los conductores, inapercibidos de que eran mirados y observados, continuaban su camino.

¿Qué instantánea, qué momentánea impresion, pero tan profunda, ha recibido el viajero? Este miraba, miraba tenazmente, y su pecho parecia hincharse y su respiracion se acortaba visiblemente. Estaba pálido, lívido.

La cabalgata continuaba acercándose por el informe sendero entre los matorrales, á cuya orilla, en el punto que se encontraba el caballero que era el cauce del arroyo, este lindaba con él inmediatamente.

La dama y su dueña, colocadas en sillones sobre las mulas, daban la espalda á aquel lado, y los escuderos, atentos á su servicio, no habian podido fijarse en el caballero, que en pié y convulso, y la mirada extraviada, parecia próximo á desvanecerse.

Ya está cerca la primera dama del caballero: la caballería, de repente y rompiendo el cabestro, retrocede espantada, y doña Ana hubiera caído en el suelo si no hubiese encontrado los brazos del peregrino, que saltó como un rayo á su lado preparado á recibirla.

Sorpresa y rubor, y no otra cosa, fué la sensacion que recibiera, y descansando un momento sostenida por los brazos del jóven, recobró el aliento doña Ana y quedóse ruborosa y espantada ante el latir y temblar de su favorecedor, principalmente al notar en su mirada ardientísimo fuego.

Pasado un corto espacio, doña Ana, serena, hubo al fin de comprender que no solo no era indiferente á aquel jóven, sino que, aún más, le habia impresionado honda y profundamente. Pasmada estaba en su interior de este efecto tan repentino de simpatía con su primera vista, pues doña Ana no creia de ninguna manera ser conocida por este extranjero sino en aquel punto, y revolviendo en su mente, aún más pasmada, se encontraba cada vez que ella creia sentir igual impresion.

—Gracias, me habeis salvado—dijo doña Ana balbuciente.

—Yo fuí del percance la causa, y soy feliz en haber evitado la desgracia que pudiera acontecer.

—Basta con que yo me crea á vos reconocida; y por esto solo desearia me proporcionáseis ocasion de demostraros mi agradecimiento. ¿Quereis decirme á quién debo la vida?

—Voto tengo hecho de no revelarlo hasta llenar una mision; pero sí podré deciros que, viajero de lejanas tierras, me dirigia á Montilla en cumplimiento de mi encargo.

—Quedo satisfecha con tal explicacion, y si quereis, puesto que pronto es de noche y os falta una hora para llegar á la villa, alojarnos en mi castillo, que ahí se divisa, me consideraré feliz.

—No sé si puedo permitirme tal placer.

—Yo os aseguro quedaré muy honrada.

En esto Pedro habia salido de la cueva, y el epiléptico, arastrándose, habia llegado hasta su boca.

El caballero volvióse á Pedro, único que se veia, y le dijo:

—Vamos á ese castillo.

Un rugido se oyó por detrás de Pedro en este instante, casi articulado, pero medroso, adivinándose un no terrible.

Al acabar el caballero de hablar á Pedro, presentó el brazo á doña Ana, que no quiso ya cabalgar, y echó á andar en direccion del castillo de Bellvente, que estaba de allí á corta distancia.

Los demás de la comitiva siguieron detrás.

Aldonza, desde el punto en que vió al salvador de doña Ana, parecia cuidadosa y pensadora, y no separaba de él ni un instante su mirada.

Púsose la cabalgata en marcha, caminando en primer lugar doña Ana y el caballero, seguidamente Aldonza y despues los criados con las mulas.

Pedro tambien, en vista de la órden recibida, iba á seguir detrás, pero agarrado con fuerza de sus vestidos por el viejo epiléptico, volvió el rostro y este empezó á hacerle señas desesperadas de interés y de dolor. Pedro se volvió del todo y procuró comprender al viejo.

El semblante de éste, casi cadavérico, expresaba una terrible y amarga pesadumbre: por sus movimientos expresivos, sus repetidas señas, sus gritos y alguna que otra articulacion de palabra, debia traducirse sin duda de que pudiera ser mudo, ó que el estado de su parálisis ó de su epilepsia le impidiesen el hablar por completo.

Pedro fué arrastrado otra vez dentro de la cueva por los sentimientos dobles de conmiseracion y curiosidad.

La mímica de aquel viejo, terriblemente expresiva, le indicó á Pedro muchísimas cosas, entre las que creyó comprender, aunque dudosamente, el que aquel viejo pudiese conocer á su amo; pero en lo que no le cupo la menor duda fué en que tenia conocimiento de un tesoro, y principalmente que su amo no se alojase en el inmediato castillo con aquellas damas, puesto que de así hacerlo habria una terrible venganza marcada con los golpes de la campana del castillo.

No es posible imaginar los inauditos esfuerzos de aquel semicadáver para hacerse comprender de Pedro, y no le hubiera soltado sus vestidos si éste no le convenciese de que estaba ya enterado y que buscaria á su amo para hacerle salir del castillo, si es que hubiese entrado.

El viejo, con todo, y como última expresion, le repitió diferentes veces las señas de la campana y de la venganza.

Pedro salió de la cueva dando seguridades al anciano.

Ya era de noche. Al recibir el aire libre, la cabeza de Pedro estaba hecha un volcan, martirizándose por comprender toda aquella historia, todo aquel poema horrendo que creia entrever en las expresivas y desesperadas señas del paralítico, aunque sin poder explicárselo del todo.

Con todo, en este estado de sobrescitacion, y ligando la mímica que acababa de ver con las confiancias ligeras de su amo, vió

que en realidad pudiera haber algo de lo indicado por el epiléptico, y no dudó ni por un instante que aquel esqueleto, que aquel cadáver viviente, pudiera ser el sello de todo un drama. Sobre todo, la insistencia del anciano en que se ejecutaria una venganza, y la súplica desesperada de que no se hallase su amo en el castillo, le determinaban vivamente que el primero fuese favorable á su señor, y que la venganza se reduciria tal vez solo á los habitantes del castillo, ó á alguno de ellos, causador de las desgracias de aquel infeliz, y que tal vez quizá tuvieran tambien estas desgracias algo de comun con las de su amo. Pero, ¿cómo su señor en este caso no habia conocido al viejo, y al mismo tiempo tambien ignoraba quiénes fuesen aquellas mujeres? Pedro Khoi todo era un mar de confusiones, y estas confusiones más terribles cuanto que en su juicio no debia dudar ni por un instante que todo aquello, para él incomprendible, era verdad, dolorosa sobre todo.

Pedro Khoi seguia en tanto saltando por las matas en direccion de la masa negra, informe, que era lo que solo en las tinieblas le presentaba la figura del castillo.

¿Qué era, se decia, aquella luz eterna que al lado del lecho del anciano estaba, y que el anciano le señalaba al significarle su venganza? ¿Y qué, además, se repetia, aquel agujero negro en la piedra, á la luz pegado, que tantas veces con la luz le señalara?

Estas ideas en su cerebro, y en su oido el martilleo del aullido gutural del viejo, tenian verdaderamente trastornado al pobre jóven.

Seguia en tanto en línea recta su camino hácia el castillo, y sin embargo de tanto trastorno en su cabeza, empezó á madurar un plan de defensa de su señor.

Habia llegado á la puerta principal del castillo.

El puente levadizo estaba echado, y en la misma puerta, en lugar de viejo y feroz guardian, encontró una mujer Pedro Khoi.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

(Continuará.)

REVISTA GENERAL

Trabajos para organizar en Málaga la Asociación de Escritores y Artistas.—Nombramiento del Sr. Tubino.—Marcha de los trenes andaluces.—Oportuna proposición del Sr. Rubio Velazquez.—Exposición industrial en Jaén.—Recuerdo á los poetas malagueños Sres. Rando Barzo y Ruiz Toro.—Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas.—Instituto Agrícola Andaluz.—Nueva sociedad literaria en Málaga.

La Union de la Prensa Malagueña, que desde que fué constituida se viene ocupando con gran interes, en las sesiones que celebra semanalmente, de cuantos asuntos importan á Málaga y su provincia, ha acordado tomar la iniciativa para llevar á cabo la organizacion de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Con ese objeto se verificará muy en breve una reunion en los salones del Instituto Provincial, galantemente cedidos por el ilustrado Director de este establecimiento. La invitacion dirigida á los que tienen consagrada su vida al cultivo de las letras y las artes irá firmada por los periodistas que forman la Union de la Prensa. En esta reunion preparatoria se nombrará una comision organizadora y otra para que redacte los Estatutos y Reglamentos, que deberán ser discutidos y aprobados en reunion mas ámplia, donde quedará definitivamente constituida la Asociación de Escritores y Artistas de Málaga, eligiéndose la Junta directiva y formándose las diferentes secciones en que la Sociedad debe dividirse.

Tambien nuestros amigos de Granada, Sevilla, Córdoba y Jaén se disponen á formar asociaciones análogas, siguiendo el ejemplo digno de aplauso que nos han dado los escritores y artistas gaditanos, los primeros que se han asociado en la region andaluza.

Ha sido nombrado individuo de número de la Real Academia de San Fernando, con destino á la seccion de escultura, nuestro querido amigo y colaborador D. Francisco M.^a Tubino.

La prensa y cuantos conocen los trabajos del Sr. Tubino han aplaudido la merecida distincion de que ha sido objeto el laborioso y erudito escritor andaluz, que tan preferente lugar ha sabido conquistarse entre los hombres científicos de España y del extranjero.

Apesar de los obstaculos presentados por los diputados de Valencia para que se acelere la marcha de los trenes andaluces, como ya estaba decidido, parece que al fin se llevará á cabo esta reforma tan importante para Andalucia y muy particu-

larmente para nuestro comercio, que en el mismo dia podrá despachar la correspondencia.

En la reunion celebrada en Madrid con asistencia de varios diputados andaluces y valencianos no pudo llegarse á un acuerdo definitivo, y quedó la resolucíon de este asunto á cargo del Gobierno, el cual segun tenemos entendido accederá á lo que piden con tanta razon los representantes de Andalucia, comprendiendo que lo que se solicita no menoscaba en modo alguno los intereses de ninguna otra provincia.

El académico de mérito de la Academia Provincial de Bellas Artes de Málaga, nuestro ilustrado amigo D. Manuel Rubio Velazquez, ha presentado en una de las últimas sesiones una proposicion pidiendo que se proceda á averiguar el paradero de los restos de Pedro de Mena y Medrano, famoso escultor malagueño, con el fin de consagrar á su recuerdo los merecidos honores, erigiéndole un mausoléo que perpetue su memoria.

La citada corporacion recibió con aplauso el oportuno pensamiento del Sr. Rubio Velazquez, eligiendo una comision que puesta de acuerdo con el mismo, dé comienzo á los trabajos necesarios para llegar á la realizacion de tan patriótica idea.

La Sociedad Económica de Amigos del Pais, de Jaen, ha sido autorizada para celebrar una Exposicion Industrial en el próximo mes de Octubre, habiéndosele concedido para establecerla el edificio de San Marcos.

Certámenes de esta índole dignifican á los pueblos y fomentan sus intereses materiales.

Despues de largos años de padecimientos, sufridos con admirable resignacion, ha muerto en Málaga el inspirado poeta nuestro muy querido amigo D. Manuel Rando y Barzo.

Su perdida ha sido llorada por cuantos conocian la nobleza de caracter y las virtudes del elegante escritor malagueño, que hace diez ó doce años daba vida con su actividad á la Academia Científica del Liceo y al Circulo literario de Lope de Vega, extasiándonos con sus bellísimas composiciones.

Nuestro desventurado amigo deja escritos notables artículos y delicadas poesias, muchos de esos trabajos inéditos y otros que fueron publicados en *El Faro del Mediodía*, *El Circulo* y *Lope de Vega*, de cuyos semanarios fué constante redactor, colaborando tambien en los diarios de la localidad y en importantes periódicos de Madrid y otras provincias.

Por amor á las letras y en honor de nuestro inolvidable compañero, entendemos que sus trabajos deben ser publicados en

un volúmen por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo á la cual prestó importantes servicios, siendo en distintas ocasiones miembro de su Junta directiva. Si este pensamiento nuestro fuese aceptado, estamos seguros de que nuestro colaborador don Felix Rando y Barzo no tendria inconveniente en coleccionar las poesias de su hermano, todos cuyos trabajos literarios sabemos conserva como preciosa reliquia.

En nombre de la Redaccion de la REVISTA DE ANDALUCIA enviamos el mas sentido pésame á la estimada familia del que fué uno de nuestros verdaderos amigos y cariñoso compañero de la infancia.

Tambien lamentamos hoy la pérdida de otro poeta malagueño, nuestro jóven amigo D. José Ruiz Toro, muerto en Granada, donde estudiaba las carreras de Derecho y Letras.

Nuestro querido amigo ha dejado de existir cuando apenas contaba diez y ocho años de edad y cuando eran mas aplaudidas sus bellísimas poesias y sus artículos, que revelaban extraordinaria erudicion.

Las letras españolas han perdido una de sus mas legitimas esperanzas y los padres de nuestro amigo, á cuyo dolor nos asociamos, un hijo cariñoso y bueno que era su alegria y su orgullo. Los compañeros del jóven literato piensan demostrar sus sentimientos publicando una corona fúnebre á la cual uniremos con honor nuestra modesta firma.

Se ha constituido en Sevilla la Sociedad Protectora de los Animales y las Plantas útiles, formando su Junta directiva los Sres. D. Antonio Ollero, presidente; D. Emilio Gimeno, vicepresidente; D. Manuel Montes, vocal; D. Marco Mendez, secretario general y D. Prudencio Sanchez, secretario interior.

El primer asunto puesto al debate ha sido una proposicion sobre la extincion de las corridas de toros, pronunciando con este motivo interesantes discursos los Sres. Mendez, Fernandez, Sanchez, Pino y Jimenez.

La proposicion que se discute por los sevillanos merece los aplausos de todos los amigos de la civilizacion, y deseamos que en las demas capitales de Andalucia se organicen tambien asociaciones que protejan los animales y las plantas útiles.

La comision sevillana encargada de organizar el Instituto Agrícola Andaluz tiene ya casi terminados sus trabajos.

Ademas del apoyo que han de prestar á este utilísimo establecimiento la Sociedad Económica de Sevilla, la Diputacion Provincial y el Municipio, con recursos pecuniarios y con efi-

caces elementos en terrenos, se hace necesario el concurso de los particulares y se ha fijado la cantidad de mil pesetas como cuota para los que gusten ser socios fundadores protectores, suma pagadera en diez mensualidades, que servirá para la instalacion del Instituto y tendrá el carácter de un préstamo hecho al mismo sin interes, empezándose la amortizacion desde el primer año. Las personas que gusten adquirir pormenores sobre este importante asunto ó contribuir á la fundacion del Instituto, pueden dirigirse al Secretario de la Sociedad Económica de Amigos del Pais.

El proyecto definitivo, del cual nos ocuparemos con mayor detenimiento en otra revista, se presentará oficialmente en la sesion pública que muy en breve ha de celebrar el Congreso Agrícola, cuyas conferencias ya conocen nuestros lectores.

La ilustrada Sociedad que lleva la iniciativa para fundar el primer establecimiento de enseña y propaganda agrícola en Andalucia, puede disponer de las paginas de nuestra modesta publicacion, si de algun modo nos es dado contribuir á que se realicen sus patrióticas aspiraciones.

Vemos con satisfaccion que no se paraliza el movimiento científico y literario en Málaga. Recientemente y con el título *Admiradores de Cervantes* ha inaugurado sus trabajos en aquella ciudad una sociedad de jóvenes amantes de la literatura y entusiastas del inmortal autor del *Quijote*.

Reciban nuestros aplausos los fundadores de esta Sociedad que, al mismo tiempo que se inauguraba una plaza de toros intentándose reorganizar las antiguas sociedades taurómacas, han demostrado que la juventud malagueña encamina sus aficiones por provechoso y digno sendero.

ANTONIO LUIS CARRION.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO

Está llamando muy justamente la atencion una bellissima novela de costumbres que con el título «El copo de nieve» ha escrito la conocida y estimada literata señorita D.^a Angela Grassi.

El pensamiento de este libro no puede ser mas moral ni mas oportuno, y tiende á demostrar cuan perniciosa es la lectura de ciertas obras, escritas sin ser muy pensadas ó con la mala intencion de pervertir el sentido moral de nuestra juventud.

La inspirada poetisa llena cumplidamente su propósito en la referida novela, presentando cuadros magistralmente trazados y de la mas provechosa enseñanza, y creando caracteres tan altos y tan nobles como los de Juana y Anselmo, que despiertan en el corazon del que lee las mas santas y delicadas ideas.

DIRECTOR-PROPIETARIO

ANTONIO LUIS CARRION.